

LAS GEÓRGICAS  
DE VIRGILIO

POESIA ANTIGUA

---

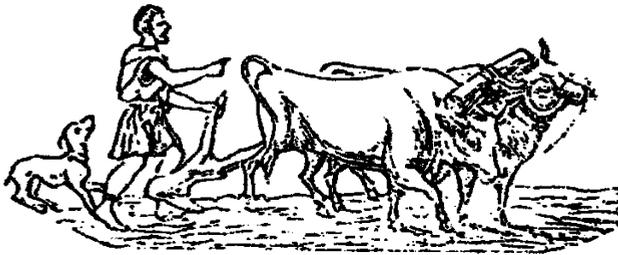
# LAS GEORGICAS DE VIRGILIO

TRADUCIDAS EN VERSO CASTELLANO

POR

JUAN DE ARONA

PEDRO PAZ-SOLDAN Y UNANUE.



~~LIBRERIA~~

IMPRESA DE «EL COMERCIO» DIRIJIDA POR J. M. MONTEROLA  
CALLE DE AYACUCHO, ANTES RIFA NUMERO 44.

1867.

A MI PADRE  
EL DOCTOR DON PEDRO PAZ-SOLDÁN

Tú llevaste a la pila a esta niña  
al mirar su belleza Georgiana,  
si laureles alcanza mañana  
¡que con ellos tus ténporas ciña!

Lima, Noviembre de 1867

JUAN DE ARONA

## PRÓLOGO DE ESTA EDICIÓN

La traducción que presentamos hoy al público en forma de libro fue publicada en el folletín de *El Nacional* en setiembre de 1866.

La crítica, que en lo privado nos fue enteramente lisonjera, no hizo en lo público manifestación ninguna, porque no podemos considerar en tan distinguida categoría a alguno que otro ladrido destemplado de la *impotencia* pretenciosa.

En cambio, un periódico extranjero que generalmente no es hostil, *La Crónica de Nueva York*, consagraba un capítulo a nuestra humilde traducción en la revista bibliográfica de su número correspondiente al 1º de Diciembre, en los términos siguientes:

«LAS GEÓRGICAS DE VIRGILIO, *traducidas en verso castellano, con un prólogo y notas, por D. Juan de Arona*; Lima 1866.

«De propósito he dejado para lo último el análisis de esta obra debida a la pluma de un hispano-americano; pues quería que mis lectores hallasen algo entretenido, después de lo malo, mediano e indiferente que hoy me ha tocado criticar.

«Entre los poetas antiguos ha figurado siempre en primera línea el nombre de Virgilio, y sus bellos poemas han tenido el honor de ser traducidos en casi todos los idiomas modernos. *Las Geórgicas* lo fueron en España por D. Juan de Guzmán y Fray Luis de León, y hoy ha acometido igual tarea el joven limeño que se firma Arona, y con bastante acierto, según lo que juzgarse puede por el libro primero, único que todavía ha llegado a mis manos.

«Para que mis lectores puedan apreciar las bellezas y la exactitud de la traducción, copiaré dos trozos, que dicen así:

Doce los signos son que el curso marcan  
del sol en su recinto aprisionado,

cinco las zonas que el Olimpo abarcan.  
Una del sol por la centella herida  
tostada siempre está y enrojecida;  
dos opuestas al uno y otro lado  
son asilo en los límites del ciclo  
de eterna bruma y de cerúleo hielo.  
Entre estas, intermedias y templadas,  
dos fueron por los dioses designadas  
para servir al hombre de hospedaje,  
y entre ellas hace el sol su oblicuo viaje.  
El mundo que hacia el Norte se hincha y sube  
deprimido aparece al medio día.  
Allá<sup>1</sup> se pierde en la más alta nube;  
acá<sup>2</sup>, depuesta ya su altanería,  
la Estigia ve sombría,  
y de los Manes la región profunda. El  
lúcido Dragón allá circunda, envuelve  
como un mar a las dos Osas de caer  
al Oceano temerosas.  
Y en la oscura región del austral polo,  
o reina noche sempiterna, o solo  
su lóbrego horizonte se despeja  
y ve la luz cuando la luz nos deja.  
Y cuando los corceles de la aurora  
aquí nos soplan la primera hora,  
para ellos tal vez Héspero frío  
encenderá su luminar tardío.

Mediante estas verdades  
podemos predecir las tempestades,  
el labrador sospecha  
el tiempo de la siembra y la cosecha,  
y cuando puede el pescador incierto  
abandonar sin sobresalto el puerto.  
Cuando a la selva ha de arrancarse el pino  
que en sus desastres seguirá al marino:  
no en balde en el celeste anfiteatro  
seguimos de los astros la carrera  
partido el año en estaciones cuatro,  
invierno, otoño, estío y primavera.

---

<sup>1</sup> En el polo ártico.

<sup>2</sup> En el antártico.

«Hablando del invierno se expresa luego en estos términos:

Otro recluso en casa  
las tardas noches del invierno pasa  
junto a su hogar en vela,  
y de su antorcha casi moribunda  
en reanimar a ratos se desvela  
la llama vagabunda.  
Su cónyuge los hilos entre tanto  
de las futuras telas escarmena  
y solaza de entrambos la faena  
con monótono canto.  
O de coser el dulce mosto cuida  
y a espumar con una hoja se apresura  
la olla que rechina y que murmura  
en el fragoso hervor estremecida.  
Cosecha y trilla cuando el sol bravío  
el corazón incendia del estío;  
del cielo con la ayuda  
en la buena estación trabaja y suda  
y el holgar deja para el tiempo frío.  
Parece que el invierno nos convida  
a olvidar los cuidados de la vida:  
del campo en los confines  
el cansado colono se alborozaba,  
y todos desde el fondo de la choza se  
obsequian con recíprocos festines.  
Como después de travesía grave  
suelen las nautas de común concierto  
la popa de su nave  
ornar de flores al tocar el puerto».

Es cuanto tenemos que comunicar al público al presentarle esta nueva edición de las *Geórgicas*.

Lima, noviembre de 1867.



## INTRODUCCIÓN

### I

El poema de las *Geórgicas* (de *ge* y *orgon*, que en griego significan trabajos de la tierra, agricultura) consta de cuatro *libros* o partes, y fue escrito por Virgilio en Roma pocos años antes de la venida de Jesucristo y a los 33 de su propia edad; habiéndole sido sugerida la idea por su protector Mecenas, gran privado de Augusto, emperador entonces, con la mira política de enaltecer a los ojos de los romanos la agricultura que ellos habían tenido siempre en mucha estima y que se hallaba entonces en decadencia.

Bajo este punto de vista, nuestra traducción tiene también su importancia y llega a tiempo,

Pues nuestros campos ¡ay! faltos de brazos  
palidecen eriazos.  
Y es el arado objeto de disgusto, y  
yace sin honor; y de las hoces  
forjan para guerrear armas atroces.

Como dice el mismo Virgilio al final del *Libro* cuya traducción damos hoy al público, y que es el primero del poema.

Los romanos eran más *hijos de la tierra* que nosotros; y desde sus nombres patronímicos, como Cicerón (de *cicer*, garbanzo); Lentulus (de *lentis*, lenteja); Fabio (de *faba*, haba); Porcius (de *porcus*, puerco); Asinus (nombre que en el día se puede aplicar a más de uno); hasta sus monedas sobre las cuales solían acuñar un *carnero* en representación del ganado, *pecus*, de donde se derivaron *peculio* y *pecunia*; todo, sin omitir su literatura prosaica y poética, donde la agricultura nacional se refleja con frecuencia en grandes imágenes, todo revela su preocupación

constante por el cultivo del campo y su amor por la Madre Tierra. Mas aún: Horacio ha dicho en una de sus odas:

*Ad farris honorem gloriam adorea appellabant.*

*Ador* llamaban a la gloria en honor del *farro*,<sup>3</sup>

Cicerón en su tratado sobre el Orador (*De oratore*) y en el que consagró a la Vejez (*De senectute*), se acuerda a cada paso, como en la mayor parte de sus obras, del campo; y particularmente en este último tratado, prorrumpe en un párrafo elocuentísimo que comienza con estas significativas palabras: «*Venio nunc ad voluptates agricularum, quibus ego incredibiliter delector*». — «Paso ahora a las delicias del *agriculturear*, en las que yo mismo me deleito increíblemente», y concluyeron en este patético ejemplo Homérico: «*At Homerus... Laertem lenientem desiderium, quod capiebat e filio, colentem agrum, et eum stercorem facit*». — «Y Homero pinta a Laertes hallando en el cultivar y estercolar su campo un lenitivo a la ansiedad que le causaba la ausencia de su hijo».

En cuanto a obras exclusivamente agrarias, tenían los romanos el *De re rústica* de Catón, que es como la cartilla de todas ellas, las de Varron, Columella, Paladio y otras.

Explicado el *por qué* de las *Geórgicas*, vamos a ocuparnos del poema mismo y de las traducciones poéticas que de él se han hecho, incluso la nuestra: o en otros términos; pongamos punto a la cuestión histórica, y entremos en la literaria y filológica.

## II

Virgilio, que en las *Bucólicas* o *Églogas* había seguido las huellas del poeta siracusano Teócrito, como en la *Eneida* debía

---

<sup>3</sup> El *farro* o *ador* es una semilla semejante a aquel trigo que los españoles llaman *escanda* y también *farro*; *épeautre* los franceses, y la *Flora de Virgilio* — *triticum spelta*.

seguir las de Homero, tuvo por modelo en las *Geórgicas* al poeta griego Hesíodo, natural de Ascrea, en la Beocia, por lo cual Virgilio se jactará más tarde de *haber trasportado el verso Ascreo a los pueblos romanos*.

Pero el rudo poema de Hesíodo, sostenido a duras penas por la rotunda sonoridad de la lengua en que escribía, es más bien una especie de *almanaque en verso*, como han dicho algunos; siendo inmensa la distancia que hay de *Los trabajos y los días* (*Ergáke Hemerá*) a las *Geórgicas*.

El primer libro del poema latino se ocupa de las sementeras y de la labranza de la tierra; el segundo, del cultivo de la viña y del plantío de los árboles; el tercero, de los pastos y ganados; y el cuarto de las abejas.

Tratemos de reunir todos estos asuntos en una octava para que se graben más fácil y distintamente en la memoria:

#### RESUMEN

DE LOS CUATRO LIBROS QUE COMPONEN EL POEMA DE LAS GEÓRGICAS.

Trata el libro primero de las mieses,  
de la labor del campo y del arado;  
el segundo va a hacer que te intereses  
a favor de la vid y el arbolado.  
El tercero de pastos y de reses,  
el cuarto de la abeja y su cuidado,  
todo el poema pues así se aplica:  
labra, planta, apacienta y melifica.

Aunque el mismo Virgilio se nos haya anticipado ya haciendo idéntico anuncio en los siguientes versos que sirven de entrada a su libro primero:

Voy ¡oh Mecenas! a cantar las mieses,  
y a decir en qué meses  
el cielo desgarrar nos aconseja  
la tierra con la reja;  
y uncir la vid al olmo, y qué cuidado  
nos merezca el rebaño y el ganado  
como también la diligente abeja.

Aun el mismo libro primero se halla racionalmente subdividido del modo siguiente: I, Exposición de la obra. II, Invocación a las divinidades campestres, incluso el octaviano César Augusto, emperador reinante entonces, y a quien, por gratitud o por adulación cortesana, considera ya entre ellas. III, Diversidad en la labranza, según la calidad el terreno. IV, Origen de la agricultura. V, Instrumentos agrícolas (que nuestros negros campesinos llaman colectivamente *la herramienta*). VI, Época de cada trabajo. VII, Presagios del mal tiempo. VIII, Digresión sobre los varios fenómenos que precedieron y siguieron a la muerte de César; y finalmente, y a guisa de Epílogo, plegaria por la salud de Augusto y del pueblo romano.

Rogamos al lector que tenga presente estos apuntamientos o sumarios, pues siendo el original parco de transiciones, hemos debido serlo también nosotros en nuestra traducción; la que, sin esta clave, podría parecer confusa y como de una sola pieza.

Son, pues, las *Geórgicas*, un poema *didáctico descriptivo*, y mal podrían convenir a su traducción aquellos arranques épicos, líricos, o cuando menos románticos, tan al gusto del día particularmente en Sud-América. El público se admirará con frecuencia de la llaneza y precisión de nuestros versos; pero no podíamos dar a Virgilio y a su argumento un relumbrón que no tienen ni pueden tener, salvo aquellos casos en que ese esplendor dimana de la misma naturaleza del asunto, como en la pintura de la tempestad y en el episodio histórico con que finaliza el primer libro, en el que ya se notan los guerreros sonos que dirán más tarde: «*Arma virumque cano*». El estilo que conviene al traducir las *Geórgicas*, es un estilo noblemente sencillo.

La noble sencillez siempre es hermosa, como dice Martínez de La Rosa; y nunca más que al traducir las *Geórgicas*. Todo lo que sea amaneramiento, ficción, primor, elegancia demasiado exquisita, es falsear a Virgilio.

### III

Nuestro principal deseo ha sido interpretar el espíritu y el colorido del poeta latino; espíritu y colorido de que por fortuna nuestra estábamos impregnados desde años atrás, gracias en gran parte a los cursos de poesía latina de la Sorbona de París, dirigidos por el célebre Monsieur Patin, cuyas lecciones tuvimos el gusto y el honor de seguir por dos años; y cuyo hecho consignamos aquí para que no se nos niegue enteramente la competencia en cuestiones Virgilianas.

No por esto se crea que hemos desoído el clamor por la *literalidad* que se elevaba de nuestra alma educada en el más escrupuloso respeto de Virgilio. Y aunque no desafiaríamos el terrible *mot à mot* con que el pedagogo de Dijon (*Clemente*) hostigaba a Delille por su traducción de las *Geórgicas*, al hacer lo cual, según Voltaire, «*la victoria [le petit serpent] de Dijon* no hacía otra cosa que romperse los dientes en una de las mejores limas francesas», aunque no resistiríamos a esta prueba pueril, podemos asegurar que nuestra versión es tan *fiel* al texto cuanto se necesita para no rayar en *infíel*, como le ha acontecido a tantos que han ido a parar a este extremo, deseosos de triunfar del *mot à mot*, o sea del ridículo empeño de traducir palabra por palabra.

Triunfan, no hay duda: pero después del aplauso merecido se les podría pedir noticias del autor y del traductor, pues sucede que en estas traducciones tan fielmente *calcadas*, ambas individualidades desaparecen en obsequio a la exactitud. Así por ejemplo, «Las *Geórgicas* de Virgilio traducidas en octava rima por Fray Luis de León» ni son de Virgilio ni son de Fray Luis; así como en su oda a Felipe Ruiz, y otras donde el poeta español imitaba o recordaba, y no *traducía* al poeta latino, Fray Luis es Virgilio sin dejar de ser Fray Luis. Apoyándose en aquello, dicen los franceses que nada hay más *infíel* que una traducción muy *fiel*.

#### IV

La primera traducción española en verso de las *Geórgicas* se hizo en 1586, seis años después del nacimiento del célebre Quevedo, siendo autor de ella don Juan de Guzmán. Hizo uso este señor en su traducción del verso endecasílabo sin consonante ni asonante que llamamos *libre*, y aun de otros modos, en español; *suelto*, los italianos; *blanco*, los ingleses; y la mayoría de las gentes, y entre ellas nosotros, *insoportable*. Así es que el agudo poeta español Cristóbal de Castillejo, adelantó su fallo al de los siglos, cuando hablando del *verso suelto* dijo oportunamente que era,

.....cierta prosa  
medida sin consonante

Como muestra de la traducción de Guzmán, léanse los siguientes versos tomados al acaso, y que son los 269 y siguientes del libro I.

No hay religión que vede echar el agua  
al sembrado, ni reparar la cerca,  
ni asechar a los pájaros con lazos,  
ni echar fuego a las matas y espinales,  
ni al rebaño de ovejas refrescarlo  
en el río, por apartar la roña.

Cuarenta y siete años después, o sea en 1631, publicó en Madrid Quevedo las obras de Fray Luis de León, y entre ellas una traducción en octavas del libro I de las *Geórgicas*. Otras dos traducciones que aparecieron después, permanecieron algún tiempo sin dueño, hasta que fueron reconocidas como de Fray Luis también. Está en *liras* una que era su metro favorito, y en prosa la otra. Para que se puedan comparar entre sí ambas traducciones, hablamos de las poéticas, y también con la de Guzmán, citaremos el mismo pasaje que de este hemos citado y comienza en el verso 269.

PRIMERA TRADUCCIÓN DE FRAY LUIS

..... y al sosiego  
santo el hacer también le es permitido  
por la ley algunas obras: porque el riego  
no hay fiesta que lo vede, ni es vedado  
cercar con valladares el sembrado.

Ni menos el armar al ave engaño,  
ni el encender los cardos, ni el roñoso  
ganado zabullir en fresco baño.

SEGUNDA TRADUCCIÓN DE FRAY LUIS

La ley santa que advierte  
el que la fiesta a Dios es consagrada,  
no se entiende de suerte  
que obrar en ella no se puede nada;  
que si es pequeño el hecho,  
ni la ley lo prohíbe ni el derecho.

Como regar la tierra;  
quemar zarzas y cercar sembrados,  
hacer al ave guerra,  
refrescar en el río los ganados,  
¿qué religión lo veda  
ni prohíba jamás que hacerse pueda?

Para acabar de ilustrar este pasaje, citaremos nuestra propia traducción y el texto latino:

Ni es trabajar ilícito  
en el feriado día:  
puedes regar solícito  
tu campo, si de sed desfallecía,  
sin que la religión ni la costumbre  
tomen de ello ninguna pesadumbre.

Rodear tus sementeras del vallado  
que impida los asaltos del ganado,  
lazos tender y redes  
a las incautas aves también puedes,  
dar fuego a los adustos  
espinosos arbustos,  
y sumergir en saludable baño  
al balador rebaño.

Quippe etiam festis quædam exercere diebus  
Fas et jura sinunt. Rivos deducere nulla  
Relligio vetuit, segeti proetendere sepem,  
Insidias avibus molliri, incendere vepres,  
Balantumque gregem fluvio mersare salubri.

Se nos dirá que de las traducciones citadas, la más larga es la nuestra; pero nótese también que es la que mayor número de versos cortos o *heptasílabos* contiene; y sobre todo, que nosotros interpretamos el espíritu de Virgilio como ya lo hemos dicho, y no sus palabras, aunque ninguna de ellas se nos haya escapado en este pasaje.

Las citas procedentes las hemos hecho al acaso y sin malignidad, y el que consulte por entero las traducciones de donde las hemos tomado, verá que en las ajenas hay veinte pasajes más infelices que los citados, y en la nuestra otros que por la concisión y otras cualidades nos habrían dejado más lucidos que el que hemos presentado. En cuanto a traducir los *cinco versos latinos* por otros *cinco españoles* como desearían vivamente aquellas personas que acostumbran medir la traducciones poéticas *con la vista*, esto es imposible, porque no hay quien alcance el larguísimo verso latino si no es nuestro *alejandrino*, y Virgilio geórgico en este metro tendría los graves inconvenientes que con *ejemplos* señalaremos en el apéndice.

La primera traducción de Fray Luis carece del espíritu *Virgiliano y Leonino*. En cambio la fidelidad material nada deja que desear, y es tan ciega que en donde el original es oscuro, la versión lo es también de seguro. Sin embargo, el gran maestro suele permitirse de trecho en trecho alguna que otra libertad, no para aclarar el texto, no para mejorarlo, sino para decirnos por ejemplo que

.....para escaramuzas  
son muy buenas las yeguas andaluzas.

u otra cosa por el estilo que no se halla ni en el pasaje que inmediatamente traduce, ni en ningún otro de las *Geórgicas*, ni en general en el espíritu de Virgilio.

Esto proviene de la necesidad de *llenar la octava*; del error de haber querido meter a Virgilio en un brete o cepo ajustando a estrofas regulares un poema, cuyos libros o cantos como se dice en el día, no tienen otras divisiones que las que puede tener una obra en prosa, y que en nuestro concepto, no debe ser traducido sino en *silva* o en *romance*. La segunda traducción en *liras* se aleja considerablemente del original, sin que por esto podamos llamarla *una bella infiel* como dicen los franceses, pues no le hallamos ninguna belleza, a no ser la lozanía de sus rimas que realmente agrada. Basta ya: que si Delille por haber osado traducir a Virgilio despertó las iras del furiosamente *Virgiliano* «Clemente de Dijon», críticos hay en el Perú semejantes al de Dijon, si no en la pasión por Virgilio, en el criticar sin misericordia. Recordaremos a estos Clementes y a los que no lo sean, que si el haber acometido la traducción de las *Geórgicas* en sus mocedades, sirvió de excusa a Fray Luis, nosotros podemos también excusarnos con nuestras *mocedades* o sea con nuestros *veinte y siete...* flamantes argumentos.

De las traducciones extranjeras, la más afamada es la de Delille; y esta, pasados los días en que Voltaire la llamaba *la mejor lima francesa*, es reputada por sus mismos compatriotas como «frívola, *coqueta*, ligera, llena de antítesis y empapada en el gusto moderno». La italiana de Arici está en verso suelto y con eso queda dicho todo. La portuguesa de don Odorico Méndez de «San Luis de Maranhao» como él mismo lo advierte temeroso de que como a Cervantes y Homero siete ciudades se lo disputen algún día, y que lleva por título *Virgilio Brasileiro*, se halla en el mismo caso que la de Arici; la inglesa de Warton en versos pareados, es admirable por el vigor, concisión, energía y elegancia de la lengua inglesa; y la única que podría haber despertado nuestra emulación si menos fascinados por el sublime original, si menos acostumbrados a embebernos en su deliciosa corriente, nos hubiera sido posible inspirarnos en otra fuente que la primitiva.

Las traducciones españolas que acabamos de citar, solo de noticia nos eran conocidas, pues la que de ellas da Quintana en la introducción a su *Parnaso español* es de la naturaleza, que nos había quitado la gana de buscarlas, hasta que nos fueron proporcionadas últimamente por nuestro erudito tío don José Gregorio Paz-Soldán, cuando ya teníamos concluida casi la traducción que hoy damos al público, que fue emprendida y en su mayor parte llevada a cabo en la soledad de una hacienda, semejante en esto siquiera al gran poeta inglés Dryden, que escribió lo principal de su traducción de la *Eneida* en la quinta de Burleigh House. Desde Fray Luis acá o sea desde los principios de 1600 no tenemos noticia de ningún poeta español que haya puesto la mano sobre las *Geórgicas*, exceptuando el frustrado u abortado intento de don F. de la Vera e Isla Fernández en nuestros días, quien en sus *Ensayos poéticos* (París, 1852), tradujo las *Geórgicas* desde el principio hasta el verso... 23, tarea que desempeñó en 32 versos endecasílabos *sueltos*.

Entre los poetas americanos, cábenos la gloria de ser el primero que mide con Virgilio, con el Virgilio Geórgico a lo menos que cuanto el Virgilio de la *Eneida* parece que fue o debió ser interpretado por un poeta argentino.

Don Andrés Bello es el único de nuestros poetas que ha parecido conocer y apreciar las *Geórgicas*; y sus silvas americanas tituladas «Alocución a la poesía», la «Agricultura de la Zona Tórrida», etc. están llenas de imitaciones, cuando menos felices, de Virgilio; y decimos *cuando menos* porque no son pocas las veces en que el gran poeta venezolano se coloca al lado del poeta latino, y aun lo supera (con perdón de los pedantes).

Sin contar los innumerables versos, imágenes, o meros epítetos que le sugiere su gran talento poético, con tanta frecuencia, ya que no siempre, iluminado por los resplandores de la inspiración, y que, sin dejar de pertenecer a la Escuela Virgilia-na, son exclusivamente suyos, como cuando animando al *maíz* dice:

.....jefe altanero  
de la espigada tribu.

O aludiendo, según parece, a una constelación que como la «cruz del Sur» solo en nuestro cielo es invisible.

Y la paloma cándida de Arauco  
en las australes ondas moja el ala.

O trazando a su patria un cuadro de prosperidad que ape-  
tece y ve cercano:

*Enjámbrase* el taller, hierve el cortijo  
y no basta la hoz a las espigas.

O haciendo uso de un inesperado epíteto prorrumpirá en  
estos versos tan singulares como sentidos:

¡Oh jóvenes naciones, qué ceñida  
alzáis sobre el *atónito* occidente  
de tempranos laureles la cabeza!

Tal fue el único discípulo americano de Virgilio que cono-  
cemos. Tal era el gran poeta que, trocando después el Mincio  
por el Sena y el latín por el francés, debía darnos a Victor Hu-  
go en traducciones que hacen olvidar el original; ya con un es-  
tilo eminentemente pintoresco, como en «Moisés salvado de las  
aguas», ya con unas estrofas verdaderamente *sollozantes*, como  
lo son las de las composiciones tituladas «Fantasmas» y «La ora-  
ción por todos».

¡Gloria a Caracas de cuyo seno han salido los dos hombres  
más ilustres de Sud-América, por la pluma y por la espada, Be-  
llo y Bolívar!

## VI

Reconcentrémonos ahora en nuestra propia traducción, que  
intencionalmente hemos relegado al último departamento de  
esta introducción, tanto por una deferencia natural a los ilustres

nombres que nos han precedido desde Virgilio hasta Bello, cuanto porque la última campanada es la que por más tiempo queda sonando y enseñoreada del espacio, y nosotros deseamos que el eco de estas últimas palabras acompañe a los lectores todo el tiempo que dure la lectura de nuestra traducción, para que teniendo sin cesar a la mano alguna de nuestras razones atenúen la severidad con que sin esto mirarían tal vez nuestro ensayo Virgiliano.

Hemos elegido el metro llamado *silva* por las razones arriba expuestas: razones que serán robustecidas en el *Apéndice* con la muestra de una traducción en *alejandrinos* del II libro de las *Geórgicas*. A propósito de aquel metro, haremos notar la animadversión singular y general casi con la que se le mira, en Lima al menos, no obstante haber sido este metro tan usado por todos los grandes poetas cuanto equivocado por los poetas mediocres o principiantes, que en todo escribirán, en soneto, en romance, en acróstico, menos en *silva*. Aunque su facilidad es tal cuando se le ha dominado, que la pluma corre insensiblemente como al escribir en prosa, habiendo entonces de este a los otros metros lo que de andar a pie a rodar en coche. Lope de Vega escribió en *silvas* su *Gatomaquia* y sus poesías líricas de más crédito como «El siglo de oro» y otras; Calderón echa mano de ellas a cada paso en sus comedias; Quintana las ha usado en todas sus odas; Espronceda en su *Diablo Mundo* y poesías líricas; y hasta el popular Zorrilla también les rinde frecuente homenaje. Hay probablemente entre este metro frecuente y los otros la misma diferencia que entre la ópera y la música corriente: aquella solo la estiman los que tienen el gusto músico educado, ejercitado y refinado; y esta es para todo el mundo.

En cuanto al lenguaje, la majestad y pompa naturales del castellano nos han permitido más de una vez traducir al pie de la letra versos y preceptos que Delille traduce rodeando, sin otra razón que los escrúpulos de su pobre lengua, como el siguiente: *vere fabis satio*, que literalmente significa *en primavera la siembra de las habas* y que nuestra hermosa lengua nos ha

permitido interpretar con noble y sencilla exactitud del modo siguiente:

«En primavera sembrarás las habas» mientras que Delille, vistiendo este verso a la moderna, lo traduce así con ridícula elegancia:

*Sitôt que dans nos champs zéphir est de retour  
On y sème la fève.*

Porque sabía que «*au printemps tu semeras les fèves*» aun en prosa, solo habría sido digno de un villano. Por otra parte, ¿qué lengua, exceptuando la nuestra, o a lo sumo la inglesa, habría tolerado en verso las expresiones *litoral mojado*, *bondas Baleares*, *miasmas deletéreos* y otras de que hacemos uso en nuestra traducción, con buen éxito, si no nos engañamos, pues en los respectivos sitios en que están colocadas como que halagan con su extrañeza oportuna al sentido poético? En cambio ¡cuántas veces nos es imposible, sin incurrir en violencia, oscuridad o afectación, expresar la energía concentrada de algún vocablo latino! En este verso, en que hablando de las antípodas dice Virgilio «*Illic ut perhibent, aut intempesta silet no*» el *silet* tiene una gran fuerza pues en sí solo concentra la significación de reinar (la noche) y de ser ésta silenciosa. Y si nosotros decimos: «*silencia* o *calla* una noche intempestiva» el verso pierde su belleza y es un gran disparate; y si adaptándolo a las necesidades de nuestra lengua decimos: «Reina una noche intempestiva y silenciosa» estará bien traducido; pero será un verso (supongamos que lo sea) flojo y trivial, indigno de Virgilio, uno de esos lugares comunes con que diariamente se engalanan nuestros *explosivos* copleros, nuestros grandes *Torpedos literarios*<sup>4</sup>. Hay

---

<sup>4</sup> No faltó poetaastro que, a pesar del *Sancho-Pánzico* buen juicio de que se le podía creer adornado

Sí por un momento tenía en cuenta  
su calva, su panza, sus años cuarenta,  
y los de su vida seis años vividos  
en los desunidos Estados Unidos,

que hacer uso de dos epítetos por la necesaria traducción del adjetivo *intempesta*, al paso que en el original el segundo (*silenciosa*) va envuelto en el verbo mismo que denota la acción (*silet*); y el verso, desembarazado de un epíteto y atenido a uno solo, como que aligera su marcha. Por esta razón se llaman sintéticas las lenguas antiguas (griega y latina) y compuestas o analíticas las modernas.

Muchas y muy nuevas observaciones podríamos aglomerar si no temiéramos que el público se cansara de seguirnos largo tiempo en especulaciones meramente filológicas, cuya importancia aún no se conoce entre nosotros, o no se fomenta lo suficiente para que, como en Europa, se atreva un peruano a consagrar una larga disertación a una sola palabra. El lector podrá hallar estas observaciones en las notas desparramadas por la obra; y apurarlas a pequeñas dosis al pie mismo de las palabras a que inmediatamente corresponden. De este modo la lección será menos molesta y más provechosa<sup>5</sup>.

Por lo que toca a las incorrecciones de estilo que los puristas o *seudo-puristas* puedan notar; giros modernos, locuciones afrancesadas, inglesadas, o *de ningún idioma*, que de éstos neo-

---

se creyera, como un tonto, comprendido en la categoría de los *explosivos* y reventara como un mal torpedo contra esta pobre traducción en cuatro disparatados sonetos que fueron como las destempladas detonaciones, como los ridículos estallidos, como los dolorosos pujos de su impotencia pretenciosa.

¡Oh tú, *camaronero gallinazo*  
de cuello corto y de rapada frente,  
que el «octavo» apellidaste «durmiente»  
y con razón porque eres un pelmazo!  
¡Cruje, rechina, estalla como un cohete,  
haz tu explosión y a los infiernos vete!

Sin ir tan lejos y con solo acudir al *Apéndice* encontrará el curioso lector estos sonetos, acompañados de su refutación y parodia correspondiente.

<sup>5</sup> En esta nueva edición hemos relegado las notas al fin de la obra, no dejando subsistir las marginales sino cuando son indispensables al sentido inmediato, o cuando su brevedad permite esta colocación.

logismos se ve mucho en el día, resabios son del siglo y lugar en que vivimos, a los que, a pesar nuestro y probablemente cuando menos lo sospechamos, rendimos tal vez tributo. Aquí no hay academias, ni obras concretamente escritas, ni círculos donde estudiosamente se cultive el buen decir, ni ciencia agrícola propiamente dicha que nos haya ayudado a entender a Virgilio prácticamente. Todo ha debido ser fruto de nuestros propios esfuerzos; de recuerdos bebidos en nuestros lejanos viajes, y no pocas veces del instinto. Esperamos que todas estas razones y otras mil que omitimos por sabidas, muevan al público a la indulgencia. Si ésta nos abandona y damos una caída de la que no podamos levantarnos, nos consolaremos con aquel hermoso verso francés,

*Dans une noble chute on tombe noblement*

O con las palabras de Pope cuando escribía su traducción de la *Iliada*. «Whatever the success may prove, I shall never repent of an undertaking in which... I hope to pass some of those years of youth that are generally lost in a circle of follies, after a manner neither wholly unuseful to others, nor disagreeable to myself».

«Sea cual fuere el resultado, jamás me arrepentiré de una empresa en la cual espero pasar aquellos años de juventud que generalmente se malgastan en tonteras; y que no será ni del todo inútil para los demás ni desagradable para mí mismo».

Mientras tanto digamos con Virgilio:

*Sed nos immensum spatiis confecimus æquor,  
Et jam tempus equum fumantia solvere colla.*

Mas nuestro carro veloz  
ha devorado el espacio  
y es tiempo ya de soltar  
a los humeantes caballos.

Lima, setiembre de 1866.



## LIBRO PRIMERO

Voy ¡oh Mecenás! a cantar las mieses,  
y a decir en qué meses  
el cielo desgarrar nos aconseja  
la tierra con la reja,  
y uncir la vid al olmo, y qué cuidado  
nos merezca el rebaño y el ganado  
como también la diligente abeja.

Vosotras ¡oh del mundo  
clarísimas lumbreras, que en el cielo  
marcáis del año el fugitivo vuelo!<sup>1</sup>  
Baco y Ceres benéfica, por quienes,  
por cuyo don fecundo  
la tierra aún salvaje  
abandonando su silvestre traje,  
pudo de espigas coronar sus sienas,  
y al vaso de agua pura, cristalino,  
incorporar el inventado vino.  
Y vosotros ¡oh númenes campestres!  
Faunos ligeros, Dríadas silvestres,  
dejad vuestros selváticos rincones  
que canto vuestros dones.  
Y tú, por quien la tierra

---

<sup>1</sup> El Sol y la Luna.

herida al golpe de tu gran tridente  
brotó un caballo, imagen de la guerra,  
Neptuno prepotente:  
tú, Palas, inventora del olivo,  
tú, dado de los bosques al cultivo,  
de Zea Dios, por quien trescientos bueyes  
como la nieve blancos  
la yerba pastan en copiosas greyes,  
del Ménalo dichoso la morada,  
del agreste Liceo los barrancos,  
Pan, de ovejas custodio, si te es dable  
deja también y acude a mi llamada  
con rostro favorable.  
Niño<sup>2</sup> que al hombre rudo  
revelaste el arado puntiagudo;  
decrépito Silvano  
que un ciprés tierno llevas en la mano;  
Diosas y Dioses todos  
que el campo implora de diversos modos,  
los que nutrís la sementera rubia,  
los que del cielo despedís la lluvia.  
Tú, cuya suerte el universo ignora,  
César: ¿agradaráte en buena hora  
ser de los campos divinal egida,  
y que el orbe te aclame no desechas  
Dios de las estaciones y cosechas  
del mirto maternal la sien ceñida?<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> Triptolemo.

<sup>3</sup> El mirto o arrayán estaba consagrado a Venus, de quien se hacía descender a César.

Si a la urbana mansión no te acomodas  
y aspiras de los mares al gobierno  
Tetis para su yerno  
te compra al precio de sus ondas todas,  
y tu Numen del Nauta venerado  
hasta la última Thule es proclamado.  
¿O astro nuevo te place  
presidir a los meses del estío  
y entre Escorpión ardiente y Erigona  
en el cielo fijar tu poderío?  
Ya el escorpión ardiente a un lado se hace  
y el sitio respetuoso te abandona....

Mas tu destinación sea cual fuere,  
que nunca el Rey del Tártaro te espere,  
ni a tan duro reinado tu alma aspire,  
ni oferta tan crüel nunca te cuadre.  
Por más que Grecia su Eliseo admire,  
y lo pondere tanto  
que aun Proserpina desoyó a su madre  
por perseguir su ponderado encanto.

Da en todo caso bienhechor fomento  
a mi atrevido intento,  
y me acompaña por la agreste vía,  
y como deidad pía  
tendrás altares ciento.

Cuando al sol de la tibia primavera  
el hielo acumulado en las alturas  
baja un gélido humor a las llanuras

y las tierras el céfiro aligera,  
se entregue sin tardanza  
el ágil labrador a la labranza,  
que tocando a su puerta  
la alegre primavera lo despierta.  
El suelto buey acuda  
ante el yugo a postrar su frente ruda,  
y la reja discurra por los campos  
botando chispas y fugaces lampos.  
Frutos la tierra te dará con creces  
si el frío y el calor sintió dos veces,  
si de un doble verano y doble invierno  
fue estremecida por el roce alterno.

Mas antes de labrar un nuevo suelo,  
de la localidad los vientos varios  
estudia, y las tendencias de su cielo;  
y los tradicionales  
cuidados que hizo el uso necesarios.  
Busca en cada terreno las señales  
que te indiquen sus gustos especiales:  
uno de espigas túrgidas se viste,  
otro a hospedar la viña se resiste;  
este con varios frutos se recama,  
aquel se cubre de espontánea grama.  
Providencia benigna  
a cada tribu asigna  
un producto especial con mano sabia:  
su oloroso azafrán Cilicia envía,  
la India su marfil, su incienso Arabia;  
forja el acero el Cálibe desnudo,

da el Ponto su castor, y Epiro cría  
los generosos rápidos corceles  
a quienes en Elida nadie pudo  
la palma disputar y los laureles.

Leyes particulares  
naturaleza impuso a los lugares,  
sin que nada su eterno curso estorbe,  
desde que Deucalión repobló el orbe  
con los guijarros que arrojó su mano  
de do el duro nació linaje humano.  
A la obra, pues, y si te cupo en suerte  
domeñar tierra fuerte  
de la estación propicia en el instante  
la vigorosa yunta la quebrante,  
y a lo largo del surco los terrones  
dispuestos en montones  
serán en polvo convertidos luego  
del sol de estío al penetrante fuego.  
O si fecunda tierra te tocare,<sup>4</sup>  
al punto mismo en que el Arcturo asome,  
tu mano la pesada esteva tome  
y a flor de tierra el suelo ingrato are,  
así se extirpa allá la mala yerba,  
y acá la tierra su humedad conserva.

No es menos conveniente  
dejar un tiempo al campo perezoso

---

<sup>4</sup> At si non fuerit tellus fœcunda.

en baldío reposo,  
o mudar la simiente,  
sembrando por ejemplo rubio grano  
donde habichuelas cosechó tu mano,  
u otro leguminoso  
chato o redondo, pálido o lustroso,  
siempre que la simiente aquella sea  
que en la sonante síliqua encerrada  
al más leve rumor cascabelea.  
De avena y lino el labrador prudente  
ha de evitar el pernicioso empleo;  
quema la tierra su cosecha ardiente,  
sin que estas plantas ¡ay! sean las solas,  
pues la queman también las amapolas  
bañadas en el sueño del Leteo,  
mas todo facilítase y alcanza.  
Alternando con tino la labranza  
no estercolar desdeñes la infecunda  
tierra, o para que el brío recupere  
si esquilmada estuviere,  
arrójale a la faz ceniza inmunda.  
Mas aunque el alternar de la simiente  
venga a ser del descanso equivalente  
nada hay que iguale al excelente efecto  
de un reposo perfecto.

No es de menor ventaja  
dar a las llamas la tronante paja  
que en los rastrojos queda,  
para que recobrar la tierra pueda  
su robustez perdida,

y de un nuevo alimento ser nutrida.<sup>5</sup>  
Del fuego con la ayuda  
tal vez la tierra el mal humor trasuda;  
o bien relaja el fuego  
algún respiradero obstruido y ciego  
que a la planta infeliz, de vida nueva  
una corriente bienhechora lleva.  
O de la demasiado abierta tierra  
los poros más y más constriñe y cierra,  
para que así soporte sin esfuerzo  
el sol activo y el helado cierzo.  
Ni es la tarea a Ceres menos grata  
de aquel que los terrones desbarata  
hechuras de la reja,  
y los campos allana y empareja.  
Y una vez y otra con el rastro vuelve  
y los terrones que formó disuelve,  
y siempre a su labor atento y serio  
al campo impone su perpetuo imperio.

Secos inviernos y húmedos calores  
del cielo demandad agricultores.  
La fértil Mysia y la región del Ida  
cuya fertilidad el orbe aclama  
a esta sola razón deben su fama.

¿Qué diré del que echado el grano, espía  
su sementera con mirada pía,

---

<sup>5</sup> Este nuevo alimento es la ceniza que el incendio deja sobre el rastrojo, y que es un abono como el huano, el estiércol, etc.

y arroja y tapa la semilla, y luego  
le da en madejas dividido el riego?  
Y si agostado mira  
el campo y que de sed la yerba expira,  
vedlo de aquel collado cejijunto  
linfa ruidosa derivar al punto,  
que caracoleando  
por un declive blando  
lenta baja cascándose en las guijas,  
y entre los intersticios y rendijas  
va alegre insinuándose y parlera  
y el incendiado campo refrigera.  
O para que la espiga no se doble  
a un peso superior, no bien observa  
que la naciente planta  
a la altura del surco se levanta,  
da el ganado a pacer la inútil yerba.  
O bien, con fin más noble,  
y para beneficio del cultivo,  
roba a un pantano su caudal nocivo.  
En los inciertos meses<sup>6</sup> sobre todo,  
cuando creciendo, hinchándose bravío,  
sale de madre un río  
y ocupa la extensión con agua y lodo.  
Tendiendo por doquier charcas hediondas,  
muertos estanques y lagunas hondas,  
que los campos aéreos  
infestan con sus miasmas deletéreos.

---

<sup>6</sup> Es decir, en el otoño.

Mas ¡ay! pese al conato  
de hombres y de animales ¡hado ingrato!  
la mala yerba con tupida alfombra,  
los pájaros dañinos y la sombra  
acosarán sus sembradíos todos  
de diferentes modos.

Extraño no es desde que a Jove plugo  
no hacer tan llevadero  
del infeliz agrícola el sendero.  
El campo sometió del arte al yugo,  
aguzando con sabia providencia  
del hombre la dormida inteligencia  
para así desterrar de su reinado  
el vil marasmo y el sopor pesado.

Antes de Jove, en la dichosa era,  
la propiedad desconocida era,  
vivíase en común, y blanda y pía,  
con libre y generoso parto diario,  
la tierra el alimento necesario  
sin la gestión de nadie producía.  
ÉL derramó el veneno  
de la funesta víbora en el seno;  
dio al mar borrascas y al pirata lobo  
el instinto del robo.  
Su rubia miel arrebató a las hojas,  
escondió el fuego; y las corrientes rojas  
de vino, que cruzaban la llanura,  
Él también reprimió con mano dura.  
Tal vez con el objeto  
de que estudiando el hombre descubriera

de las diversas artes el secreto;  
y al surco el trigo con afán pidiera  
y al rudo pedernal la chispa oculta.  
Los ríos no surcados, crespos, roncós,  
sintieron sobre sí la *turba multa*<sup>7</sup>  
de los nadantes socavados troncos, y  
examinando los celestes rastros  
numeró el Nauta y designó los astros.  
Las aves y las fieras  
cayeron prisioneras  
en liga o lazo, y el tropel protervo  
de las jáurias ligeras  
sitió en el monte al jabalí y al ciervo.  
Del mar y el río la corriente fresca  
brindó a las redes su escondida pesca.  
Nació el rígido hierro  
y la rechinadora sierra horrible,  
porque las primitivas gentes rudas  
la tabla hendían, fácilmente hendible,  
cuñas introduciendo puntiagudas.  
Hízose el hombre de las artes dueño;  
el asiduo trabajo y el empeño  
triunfaron a la par de toda traba,  
y la necesidad que espoleaba.  
La Diosa que de espigas se corona  
impuso la primera  
la férrea reja que en el campo impera.

---

<sup>7</sup> La procedencia latina de esta expresión vulgar hará que no desdiga de la gravedad del trozo. Hemos creído, además, que pintaba con alguna viveza la rapidez con que debieron propagarse las primeras embarcaciones.

Cuando las sacras selvas y aun Dodona<sup>8</sup>  
como olvidadas del usual retoño  
negaban la bellota y el madroño.  
Con afán luego cultivóse el trigo  
sin lo cual el anublo su enemigo  
pronto lo devorara  
y de abrojos el campo se erizara.  
¿Qué digo? Desfallecen  
las cosechas, sucumben, desaparecen,  
la mala yerba llega  
y la plantada<sup>9</sup> ciega;  
y en medio de las anchas  
deslumbrantes, espléndidas cosechas,  
vence de avena estéril tristes manchas.

Si pues la tierra con tesón no hostigas,  
ni espantas a las aves enemigas,  
ni aclaras con la hoz el monte denso,  
ni lluvia imploras con fervor intenso,  
vano será envidiar triste y mohíno  
la acumulada mies de tu vecino,  
fuerza será que tu intención se vuelva  
a la cercana selva  
y que ella apague con bellota dura  
el hambre que te apura.

---

<sup>8</sup> Selva de encinas seculares muy célebre en la antigüedad. Debía su nombre a un pueblo inmediato donde se dictaban afamados oráculos.

<sup>9</sup> Término local o sea peruanismo. Plantío, sementera.

Los instrumentos pintaré rurales, los  
rústicos aperos sin los cuales nunca  
sembrar ni cosechar esperes. La reja  
y el robusto y corvo arado son los  
primeros. De la madre Ceres el  
estridente carretón pesado;  
la rastra, compañera fiel del trillo,  
y armado de sus uñas el rastrillo;  
los blandos zarzos<sup>10</sup> y demás enseres,  
y la mística criba  
que a la paja infeliz<sup>11</sup> del grano priva;  
cosas todas en fin que cuerdamente  
tendrás prontas y listas de antemano  
y a la fama de agrícola excelente  
no aspirarás en vano.  
¿Fabricar quieres el arado corvo?  
En la vecina selva con gran fuerza,  
sin que la resistencia sea estorbo,  
de olmo una rama que tu mano tuerza;  
en cuanto a la medida  
ocho pies el timón de largo mida;  
el dental rematado por la reja  
va acompañado de una y otra oreja;

---

<sup>10</sup> Un zarzo (en latín *crates*) viene a ser una especie de *barbacoa*.

<sup>11</sup> Aplicar a un objeto tan trivial como la paja un epíteto tan noble como *infeliz*, es muy propio del carácter Virgiliano, particularmente en las *Geórgicas*, donde, como dice Fenelon, *ha apasionado a la naturaleza*. A fuer de conocedores de este espíritu, no hemos vacilado en animar este pasaje, que en el original es insignificante, con la aplicación del adjetivo *infeliz* y del verbo *privar*. En cambio, otros pasajes vivos u onomatópicos en el original, serán descoloridos en nuestra traducción.

la esteva<sup>12</sup>, que regula el movimiento  
de todo el instrumento,  
la esteva y yugo leves a porfía  
no al buey abrumarán con demasía;  
el tilo y haya te darán madera  
aparente y ligera;  
y la armazón entera  
sobre el hogar suspensa se evapore  
donde su robustez el humo explore.

Otras lecciones varias  
que legado nos han nuestros abuelos  
darán rumbo acertado a tus desvelos  
mostrándote las vías necesarias.  
Sea arrastrar la operación primera  
el pesado cilindro por la era,  
siendo después preciso  
con tenaz greda endurecer el piso,  
que el polvo mate y además impida  
a la vegetación toda salida.  
Sin esta precaución haráte guerra  
cuanta alimaña vil cría la tierra,  
el sapo, el topo y un lirón pequeño  
que bajo tierra intruso  
su habitación y su granero puso,  
fue cuántas veces, gracias a su empeño,  
de una era toda subterráneo dueño.  
¡Cuánto aparvado trigo fue despojo

---

<sup>12</sup> Hemos llegado al timón de la nave.

del destructor gorgojo,  
o de la hormiga que en juntar se afana  
temblando por el día de mañana!

Mira el almendro en los floridos meses  
y el augurio en sus flores de tus mieses.  
Si de flores recárgase lozano  
gran cosecha te espera en el verano;  
si es todo sombras y follaje vano  
la desolada<sup>13</sup> trilla  
rodará sobre paja sin semilla. Vi  
a muchos sembradores preparar  
la semilla algunas veces  
con nitro y del aceite con las heces,  
para así granos obtener mayores  
(siendo menos falaz la hinchada sílicua)  
y que arruinados al más lento fuego  
a esponjarse empezaron luego luego.  
Pero la industria humana enseñó pronto  
de tan vulgar superstición lo tonto,  
probando con amargo desengaño  
que la semilla sin cesar debía  
degenerar por ley, si cada año  
la más gorda al sembrar no se escogía.  
Todo así retrocede y degenera,  
como el que presa de mortal congoja  
luchando va con la corriente fiera,  
si un punto el remo afloja  
rueda hacia atrás en rápida carrera.

---

<sup>13</sup> Otro ejemplo de ternura Virgiliana que tampoco se encuentra en el original.

Así pues de los astros infinitos,  
del Arcturo, el Dragón y los Cabritos  
estar debemos en continuo acecho,  
cual los que conducidos por los mares  
cruzan el Ponto en pos de sus hogares  
y de Sestos y Abidos el estrecho.<sup>14</sup>

Cuando equipare la imparcial Balanza<sup>15</sup>  
las horas del trabajo y las del sueño  
y día y noche por igual nos mida,<sup>16</sup>  
labrad, labrad colonos con empeño,  
y sembrad la cebada sin tardanza  
antes que la estación deploréis ida.  
Del lino y la cereal adormidera  
es llegada también la sementera.  
Dejar no debe el diligente aldeano  
la esteva de la mano  
mientras la tierra aún se mantiene enjuta,  
mientras distante el temporal reputa.

Rotas de invierno las glaciales trabas  
en primavera sembrarás las habas;  
y el mijo que reclama anual cuidado,<sup>17</sup>  
y la alfalfa delicias del ganado,

---

<sup>14</sup> Hoy Dardanelos.

<sup>15</sup> El signo del zodiaco que cometiendo un latinismo llamamos Libra.

<sup>16</sup> En el equinoccio de otoño.

<sup>17</sup> La semilla del mijo, que no tenemos en el Perú, al menos en el departamento de Lima, hay o había; porque la gran distancia de tiempo y lugar ha desbaratado muchas de las aserciones Virgilianas, había que renovarlas cada año. No así la de la alfalfa que dura por muchos años.

cuando del año nuevo<sup>18</sup> el blanco Toro  
abre las puertas con sus cuernos de oro,  
y el Can declina a su pesar, y el puesto  
le cede al astro opuesto.

Si labras tus dominios en demanda  
de rubia mies o candorosa escanda  
espera a que del mar la fría onda  
las orientales Pléyades te esconda,  
y que de Ariana la corona se hunda  
pálida y moribunda,  
antes que al surco la semilla fíes  
esperanza del año  
y que una tierra en cultivar porfíes  
solo dispuesta entonces en tu daño.  
Ni será menos duro el desengaño,  
de aquel que a sembrar vaya  
cuando aún reluce en el oriente Maya.  
Pero si anhelas cosechar la arveja,  
el frejol vil, o la vulgar lenteja, antes  
que apague su fulgor Bootes claros  
indicios dejará que notes. Siembra,  
pues, y prolonga tu sembrío hasta  
mediado el frío.<sup>19</sup>

Doce los signos son que el curso marcan  
del sol en su recinto aprisionado,

---

<sup>18</sup> El año nuevo agrícola que se abre en abril con la primavera, en cuyo mes entra el sol en el signo Tauro que se halla fronterizo al Can o Sirius.

<sup>19</sup> El poeta explica por medio de signos astronómicos como la Balanza, el Toro, Las Pléyades, Maya, Bootes, etc. lo que hoy se explicaría por medio de los meses.

cinco las zonas que el Olimpo abarcan.  
Una del sol por la centella herida  
tostada siempre está y enrojecida;  
dos opuestas al uno y otro lado  
son asilo en los límites del cielo  
de eterna bruma y de cerúleo hielo.  
Entre estas, intermedias y templadas,  
dos fueron por los dioses designadas  
para servir al hombre de hospedaje,  
y entre ellas hace el sol su oblicuo viaje.  
El mundo que hacia el Norte se hincha y sube  
deprimido aparece al medio día.  
Allá<sup>20</sup>, se pierde en la más alta nube;  
acá<sup>21</sup>, depuesta ya su altanería,  
la Estigia ve sombría,  
y de los Manes la región profunda. El  
lúcido Dragón allá circunda, envuelve  
como un mar a las dos Osas de caer  
al Oceano temerosas.  
Y en la oscura región del austral polo,  
o reina noche sempiterna, o solo  
su lóbrego horizonte se despeja  
y ve la luz cuando la luz nos deja.  
Y cuando los cereales de la aurora  
aquí nos soplan la primera hora,  
para ellos tal vez Héspero frío  
encenderá su luminar tardío.

---

<sup>20</sup> En el polo ártico.

<sup>21</sup> En el antártico.

Mediante estas verdades  
podemos predecir las tempestades,  
el labrador sospecha  
el tiempo de la siembra y la cosecha,  
y cuando puede el pescador incierto  
abandonar sin sobresalto el puerto.  
Cuando a la selva ha de arrancarse el pino  
que en sus desastres seguirá el marino:  
no en balde en el celeste anfiteatro  
seguimos de los astros la carrera  
partido el año en estaciones cuatro,  
invierno, otoño, estío y primavera.

Si alguna vez la lluvia te condena  
a no salir, junto al hogar recluso,  
no ha de faltarte tal o cual faena:  
afile de tu reja el diente obtuso,  
o el leve tronco ahonda  
que te lleve por cima de la onda.  
Fierro al ganado echa  
o pesa de tus granos de cosecha.  
Este, punta le saca  
a una horquilla o estaca;  
aquel otro sentado  
ligas dispone que la vid sujeten  
o teje el mimbre, o del hogar al lado  
el rubio cereal tuesta o machaca.  
Ni es trabajar ilícito  
en el feriado día,  
puedes las tomas destapar solícito  
si tu campo de sed desfallecía,

sin que la religión ni la costumbre  
tomen de ello ninguna pesadumbre.  
Rodear tus sementeras del vallado  
que impida los asaltos del ganado,  
dar fuego a los adustos  
espinosos arbustos,  
lazos tender y redes  
a las incautas aves también puedes,  
o sumergir en saludable baño  
al balador rebaño.

Y tal o cual aldeano que su corta  
riqueza a la ciudad vecina exporta,  
cuando en la tarde vuélvese a su aldea  
algo de la ciudad su afán reporta  
y el lerdo rucio con paciencia arrea.  
También la luna si su curso espías  
te indicará los días  
propicios para tal o cual trabajo. De  
ellos el quinto con temor evita que  
ese de las Euménides nos trajo la  
familia maldita.

Entonces fue también cuando la Tierra  
dio a luz en parto horrendo a los Titanes;  
a Japeto y los otros capitanes  
que al cielo osaron declarar la guerra.  
Tres veces intentó su osada maña  
montaña levantar sobre montaña,  
y otras tantas de Júpiter el rayo  
desbarató su portentoso ensayo.

Al séptimo se muestra favorable  
para sembrar la vida: el buey doblega  
su frente entonces menos indomable,  
y la hora de peinar el lino llega;  
y su luz al noveno limpia y clara vende  
al ladrón y al fugitivo ampara. No todo  
se ha de hacer durante el día: el olvido  
nocturno  
y del amanecer la hora fría  
tienen también en la labor su turno.  
Cuando la noche su crespón descoge  
la paja del rastrojo se recoge,  
y los prados trasquilanse lozanos  
cuando la aurora los ha puestos canos.

Otro recluso en casa  
las tardas noches del invierno pasa  
junto a su hogar en vela,  
y de su antorcha casi moribunda  
en reanimar a ratos se desvela  
la llama vagabunda.  
Su cónyuge los hilos entre tanto  
de la futuras telas escarmena  
y solaza de entrambos la faena  
con monótono canto.  
O de cocer el dulce mosto cuida  
y a espumar con una hoja se apresura  
la olla que rechina y que murmura  
en el fragoso hervor estremecida.  
Cosecha y trilla cuando el sol bravío  
el corazón incendia del estío;

del cielo con la ayuda  
en la buena estación trabaja y suda  
y el hogar deja para el tiempo frío.  
Parece que el invierno nos convida  
a olvidar los cuidados de la vida:  
del campo en los confines  
el cansado colono se alborozaba,  
y todos desde el fondo de la choza se  
obsequian con recíprocos festines.  
Como después de travesía grave  
suelen los nautas de común concierto  
la popa de su nave  
ornar de flores al tocar el puerto.

Al mirto entonces de su fruta roja  
y al laurel de su baya se despoja,  
y con sus frutos llenarán tu mano  
la verde encina y el olivo cano.  
¿Qué importa del granizo la amenaza?  
¿Qué el hielo que los ríos aprisiona  
si el agrícola dado  
a las gratas fatigas de la caza  
ya al ciervo sigue alado,  
ya a la liebre orejona,  
ya arteros lazos urde  
para las aves, o al venado aturde  
con la imprevista rápida pedrada  
por las baleares hondas disparada?

¿Qué diré del otoño y sus rigores  
con todo aquello que notar importa

cuando los días la estación acorta  
y hace menos intensos los calores?  
¿Qué de la *torrentosa* primavera  
luego que la espigada sementera  
con sus espigas ha erizado el llano  
y su verde prisión se cuaja el grano?

Aun del verano la estación propicia  
afectarme solió con injusticia:  
iba con mis colonos a la siega,  
la mies, segada casi, ¡oh suerte impía!  
sobre la corva hoz desfallecía,  
cuando vi concurrir los turbulentos  
escuadrones de vientos  
y entreverarse en hórrida refriega  
sobre los trastornados elementos.  
La grávida cosecha  
de raíz arrancada  
en pedazos deshecha  
fue hasta las altas nubes expulsada,  
y en torbellino lóbrego y perverso  
vi el fruto de mi afán volar disperso.

Así las destructoras tempestades  
en la región nimbose aglomeradas  
caen sobre poblados y heredades  
en cataratas cien precipitadas.  
Lluvia copiosa, ingente,  
los surcos desbarata prontamente,  
borra los sembradíos,  
colma las hondonadas,

crecen con gran rumor los hondos ríos  
y el ponto hierve en los estrechos golfos.  
Cruje con arduidad el Éter suma,  
y del nublado en la profunda bruma  
sereno, conflagrado,  
hecho sol el semblante  
el Padre omnipotente está sentado.  
Pronto en la mano el rayo coruscante  
que hace tremer a la universal tierra.  
Las fieras inquiriendo sus guaridas  
huyeron pavoridas  
sin saber dó, y el corazón del hombre  
se prosterna, se aterra,  
y es vil esclavo de un pavor sin nombre,  
en tanto el fulminante mensajero  
va a herir la cumbre de un desierto monte,<sup>22</sup>  
del Athos o del Ródope altanero.  
Crece la lluvia y vela el horizonte;  
y al rumor expirante  
de los últimos vientos agitado  
gime con voz distante  
el bosque, y plañe el litoral mojado.

Medroso de esto observa  
el aspecto nocturno  
del cielo y de los astros la caterva;  
la órbita inquiere de Cilenio errante

---

<sup>22</sup> Este rayo con tanto aparato anunciado; con tanta expectación esperado de parte de hombres y animales, va a estrellarse en la cumbre de un monte desierto; es decir que *no ganamos para sustos*.

y el frígido planeta de Saturno.  
Venerar a los dioses ante todo  
y hacérselos propicios  
importa, y con anuales sacrificios  
honrar a Ceres nuestra magna diosa,  
puesto el altar en medio  
del campo herboso, cuando expira el tedio  
de invierno y ríe la estación hermosa.  
Y es todo actividad el campesino,  
de pingües crías el redil rebosa,  
dulce es y grato al paladar el vino,  
dulce la siesta echada  
del monte en la enramada.  
Junta la agreste juventud te siga,<sup>23</sup>  
a Ceres clame y sus loores diga,  
de leche, vino y miel tú ofreces dones,  
y la dichosa víctima que el pueblo  
sacrificar resuelva  
en torno a la heredad tres veces vuelva  
de coro acompañada y ovaciones.  
Ceres doquier resuene  
y toda la extensión su nombre llene.  
Y labrador ninguno sea osado  
la mies a cosechar con mano avara  
sino cuando de encina coronado  
haya rendido a Ceres el usado  
homenaje de cantos y algazara.<sup>24</sup>

---

<sup>23</sup> *Cuncta tibi Cererem pubes agrestis adoret.*

<sup>24</sup> *Det motus incompositus et carmina dicat.*

El cielo concedi6nos por fortuna  
que cada mes pudiera nuestro esfuerzo  
leer en el semblante de la Luna  
si amaga tempestad inoportuna,  
bochorno agostador o fr6o cierzo.  
Y por ella el pastor siempre guiado,  
si un mal presagio asoma  
no va con su ganado  
a aventurarse a la distante loma.

De hurac6n ante el primer silbido  
agita el mar y encrespa su melena,  
con 6rido fragor el monte truena,  
recorre el litoral sordo gemido,  
el lejano follaje al viento ondea,  
la cerceta en la playa se pasea,  
y en alta mar peligra  
el navegante, cuando  
el cuervo buceador en largo bando con  
clamor ronco al litoral emigra, mientras la  
garza audaz el vuelo apronta, deja el  
juncal y el cielo se remonta.

Mirar6s deslizarse las estrellas  
por la celeste alfombra  
dejando largas luminosas huellas  
en la mitad de la nocturna sombra.  
La leve paja y las caducas frondas  
el aire turban y la luz se ciega,  
y tal cual pluma sobrenada y juega  
por cima de las ondas.

Mas cuando el Septentrión relampaguea  
y truena por poniente y por levante,  
todo el campo se inunda en un instante;  
nada hay que enjuto en la extensión se vea;  
y la mojada vela a toda prisa  
recoge en alta mar el navegante.  
Mas nunca de improviso  
llega la tempestad sin dar aviso,  
que todo la presiente y la revela.  
La grulla a la región del Éter vuela;  
la becerra impaciente al cielo mira  
y a nariz desplegada el aura aspira.  
La golondrina gárrula y chillona  
roza las aguas revolando inquieta  
mientras la rana quejumbrosa entona  
desde el fango su antigua cantaleta.<sup>25</sup>  
Y hasta la pobre hormiga diminuta  
también amenazada se reputa,  
y a otra parte, por senda desusada,  
carga los huevos de su prole amada.  
Bebe el Iris del mar y por el cielo  
dilata su arco vasto,  
y los cuervos aléjanse del pasto  
con graznar ronco y estridente vuelo.

Y los diversos pájaros marinos,  
y los que del Caístro en los pantanos,  
a los prados asiáticos vecinos,

---

<sup>25</sup> *Et reterem in limo ranae cecinere querelam.*

trinchan gusarapillos y gusanos,  
no cesan con alegre algarabía  
de rociarse los hombros a porfía.  
Ya se hunden, ya dividen la corriente,  
y siempre con empeño renaciente.  
La corneja en la playa se pasea  
clamando al temporal con voz huraña.  
Ni la nocturna obrera en su tarea  
a estos presagios permanece extraña:  
de su candil la claridad se empaña;  
el aceite inflamado centellea;  
y en torno de la luz que la abandona  
sucio hollín se amontona.

Tampoco al expirar los aguaceros  
signos te faltarán menos certeros  
de la serenidad nuncios constantes,  
que entonces resplandecen rutilantes  
sin embotado rayo los luceros,  
no andan las nubes por el cielo errante  
en sueltos copos, ni la luna ahora  
es a su hermano de su luz deudora.  
No en la desierta playa al sol se orean  
los alciones que a Tétidis<sup>26</sup> recrean;  
ni el puerco vil hozando en los rastrojos  
desata y desordena los manojos.  
Las nubes en tropel se precipitan  
y los profundos valles solicitan;

---

<sup>26</sup> Genitivo latino de *Thetis*, el mar.

y la lechuza en tanto  
apostada en el techo,  
de la entrada del Sol puesta en acecho,  
apura en balde su tardío canto.

Niso aparece en la mitad del aire y  
tras él Scylla con gentil donaire,  
doquier que descansar ella medita.  
Él sobre ella veloz se precipita;  
y cada vez que el bárbaro enemigo  
va a aplicarle el rudísimo castigo,  
ella lo esquiva con viveza suma  
y al sol oreo su cansada pluma.<sup>27</sup>

Con menos ronca voz los cuervos gritan;  
y de insólito gozo estremecidos,  
en los aéreos nidos,  
bajo el follaje con placer se agitan.  
Volver al dulce nido y prole, acaso

---

<sup>27</sup> Alude a una fábula muy conocida de la antigüedad. Niso, rey de Megara, fue entregado a Minos que sitiaba aquella población por su propia hija, Scylla, que se había prendado del gallardo sitiador. La entrega se efectuó mediante un cabello colorado que tenía Niso, del cual pendía su reinado, y que le fue sustraído por Scylla. El padre y la hija fueron metamorfoseados en ave de rapiña el primero, y en paloma la segunda. (Véase el libro 8 de las *Metamorfosis* de Ovidio.) Por esto es que Virgilio dice en este pasaje: *Et pro purpureo poenas dat Scylla capillo.*

Scylla que plumas viste  
por causa del cabello colorado.

Circunstancia que hemos omitido por no ser difusos, y porque la alusión del *cabello colorado* nada habría significado para los lectores modernos.

les regocije tras tan rudo paso.  
No por esto les doy inteligencia  
ni de las cosas superior presciencia;  
mas conforme el aspecto  
del aire se condensa o rarifica,  
de ellos el natural se modifica,  
y así es su condición y así su afecto.  
De aquí en las aves los diversos trinos  
en ciertos días y épocas del año;  
de aquí el triscar alegre del rebaño  
y del cuervo los gritos repentinos.

Si evitar quieres decepción acerba  
de la Luna y del Sol el curso observa;  
y que noche ninguna te seduzca  
porque serena y trasparente luzca.  
Si al hacer nuevamente su salida  
trae la luna la faz descolorida,  
el presagio no yerra,  
gran lluvia se prepara en mar y tierra;  
y ante tal mal agüero  
tiemblen el labrador y el marinero.  
El virginal rubor vientos acusa,  
que ante el viento inminente  
siempre Febea sonrojarse usa.  
Y si con la luz no obtusa  
reluce al cuarto día su creciente,  
puedes estar seguro,  
ante tan buen presagio,  
que el cielo en todo un mes estará puro;  
y el marino salvado del naufragio

cumple los votos de que hiciera oferta  
a Glauco, a Panopea y Melicerta.

Tampoco el Sol su hermano  
salvará los dinteles del oceano  
sin que le hagan los síntomas cortejo.  
Él te dará consejo  
de lo que hacer conviene  
cuando la noche y cuando el día viene.  
Si al desplegar su cabellera rubia  
manchas trae en su rostro, o si recóndito  
entre nubes está, teme la lluvia:  
el Noto va a llegar causando daños  
a selvas, sementeras y rebaños.  
Si bajo nube opaca  
esparcidos mostrare sus cabellos, y  
la aurora con pálidos destellos del  
lecho de Titón la frente saca, bajo  
el pámpano tierno ya madura la  
uva se considera mal segura,  
que el granizo saltando en son horrendo  
va a azotar los tejados con estruendo.  
Míralo atento al fin de su carrera  
cuando va a consumir su vasta hoguera,  
que al sepultar sus claros resplandores  
suelen cruzar su faz varios colores.  
Lluvia el azul denota, y el fogoso  
es síntoma de viento proceloso;  
si azul y rojo a un tiempo se presenta,  
plena la tempestad será y violenta.

Y no será por cierto mi barquilla  
la que imprudentemente  
se aleje aquella noche de la orilla.

Si acontece que espléndido discurra  
por todo un día en el azul sereno,  
depón todo temor de lluvia y trueno,  
que el rápido Aquilón barriendo nubes  
tenuemente en los árboles susurra.  
Finalmente, la estrella de la tarde  
y cuanto astro arde  
en la celeste altura  
todos penden del Sol. — Al Sol divino  
¿quién osará acusarlo de impostura?  
Él los planes ocultos  
revela de continuo  
y las conspiraciones y tumultos  
que son las tempestades de la guerra.  
Él, muerto César, se apiadó de Roma;  
veló entre sombras su fulgente coma;  
y la generación aquella impía  
creyó que para siempre anohechía.<sup>28</sup>  
Aunque por aquel tiempo el mar, la tierra,  
los importunos perros y las aves  
daban con voz de muerte anuncios graves  
del futuro suceso. ¡Cuántas veces  
vimos a Mongibelo, que bramaba,  
de sus entrañas escupir las heces;

---

<sup>28</sup> *Impiaque aeternam tinuerunt saecula noctem.*

y por sus flancos rotos  
mandar hasta los campos más remotos  
rojos torrentes de encendida lava!  
Tuvo Germania bélicas visiones;  
oyó el choque de alados escuadrones;  
y un estremecimiento  
conmovió de los Alpes el asiento.  
Más de una vez un gran clamor distinto  
perturbó de las selvas el recinto;  
y en la nocturna sombra  
más de una aparición al vulgo asombra:  
los ganados hablaron...  
¡Oh caso infando y milagroso ejemplo!  
Los ríos a sus fuentes regularon;  
entreabrióse la tierra, y en el templo  
llanto el marfil vertió por nuestra suerte  
y bañó de sudor frío al bronce fuerte.  
Rey de los otros ríos, Eridano,<sup>29</sup>  
salió de cauce con furor insano,  
y pastores llevándose y cabañas  
dilatóse por valles y montañas.  
Sangre las fuentes límpidas manaron;  
las fibras sin cesar se presentaron  
de la inmolada res en las entrañas,  
y de los lobos el silvestre aullido  
fue en las ciudades en la noche oído.  
Jamás estando el cielo tan sereno  
se oyó la voz del trueno,

---

<sup>29</sup> *Fluviorum rex Eridanus*, el Po.

ni cayó el rayo, ni encendió el cometa  
su siniestro blandón que al orbe inquieta.

Poco después los Filipinos llanos  
vieron de nuevo en fraternales riñas  
combatir sin piedad a los romanos.  
No evitar quiso la Suprema diestra  
que por segunda vez esas campiñas  
fuesen regadas con la sangre nuestra.<sup>30</sup>

Tiempo vendrá, cuando los campos esos  
recorra el rastro y la pesada yunta,  
en que la reja de acerada punta  
saque a la luz del sol los grandes huesos  
de la generación allí difunta.

Y las lanzas y espadas  
por el orín tomadas,  
pasando irán, a par de otros despojos,  
del labrador absorto ante los ojos.  
Y al tropezar el rastro con el yelmo  
abollado y vacío,  
oírás el choque sonar del hierro frío.

¡Oh dioses Nacionales!  
¡Oh Númenes locales!  
¡Rómulo y Vesta que miráis propicios  
el Tíbre y los romanos edificios!

---

<sup>30</sup> La primera vez fue en la batalla de Farsalia dada también en las inmediaciones de Filipos, pueblo de Tracia.

¡Al JOVEN<sup>31</sup> este preservad al menos  
en estos días de desastres llenos!  
El perjurio de Troya y desventura  
pagó ya nuestra sangre con usura.<sup>32</sup>  
Tiempo ha que el cielo a César nos envidia  
y por arrebatarlo al mundo lidia,  
en donde entre lo justo y lo no justo  
límite no hay, y el crimen y la guerra  
se parten el imperio de la tierra.  
Y es el arado objeto de disgusto y  
yace sin honor; y de las hoces  
forjan para guerrear armas atroces;  
y nuestros campos ¡ay! faltos de brazos  
palidecen eriazos.  
Guerra nos mueven de una y otra parte;  
entre los pueblos la discordia estalla,  
y acuden a los campos de batalla,  
rotos los pactos, y el terrible Marte  
pasea por el orbe su estandarte.

Como cuando salvada la barrera  
se lanza el carro en la veloz carrera,  
y rebelde del auriga al empeño  
vuela sin freno y del espacio es dueño.

---

<sup>31</sup> El Emperador — Imitando este pasaje dirigimos unos versos en tercetos a S.E. el Coronel Prado en uno de los *Comercios* del mes de febrero último.

<sup>32</sup> Don Andrés Bello clamando contra nuestras eternas guerras civiles ha dicho también:

Asaz de nuestros padres malhadados  
expiamos la bárbara conquista.

# NOTAS

## NOTAS DEL LIBRO PRIMERO

Hemos sacado del cuerpo de nuestra traducción las notas que siguen, porque ni por su naturaleza ni por su extensión habrían estado bien en ese lugar; porque aunque ilustran el texto no son indispensables a su inteligencia, y forman un conjunto especial, unos comentarios que nos ha parecido preferible dar por separado. En los números arábigos laterales nos referimos al verso latino, y en los de la página, a las de esta traducción.

Pág. 35

- 7 Baco y Ceres benéfica, por quienes,  
por cuyo don fecundo  
la tierra aún salvaje  
abandonando su silvestre traje  
pudo de espigas coronar sus sienes;  
y al vaso de agua pura, cristalino,  
incorporar el inventado vino.

El adjetivo *silvestre* debe entenderse en su acepción etimológica, pues antes de la aparición del trigo la tierra se hallaba exclusivamente coronada de *selvas*. El calificativo de *cristalino* que damos más abajo al vaso de agua primitivo, podrá ser tachado, y con razón, de impropio por ser el *cristal* de tan moderno invento. Pero nosotros lo hemos empleado prescindiendo de su etimología para dar una idea del agua en toda su primitiva limpieza y transparencia; antes que fuese alterada por la mezcla del *inventado vino*. Entiéndase, pues, *cristalino* como un equivalente de *limpidus, diaphanus*, y nada más.

- 19 Niño, que al hombre rudo  
revelaste el arado puntiagudo.

La historia del origen del arado es una historia casera. Ceres, madre de la agricultura y conocida de los griegos bajo el nombre de *Dimeter*, recorría el orbe en busca de su hija Proserpina que le había sido arrebatada por Plutón, rey de los infiernos. Extenuada y sudorosa detúvose un día en Eleusis, pueblo de Ática, donde reinaba Celeo; y hospedada por éste, le manifestó su gratitud amamantándole a su hijo Triptolemo; y enseñándole el arte de la agricultura cuando se hizo grande el muchacho. Prosiguiendo después su viaje, se lo llevó consigo a su carro tirado por dragones alados, y lo hizo recorrer el orbe proveyéndolo de semillas de trigo para que las difundiera entre los hombres.

Los Eleusinos agradecidos a tantos beneficios, instituyeron fiestas memorables en honor de Ceres. En 1862 visitamos esa importante población, que es hoy una miserable y silenciosa aldea llamada por los griegos modernos *Lefsina*. El Triptolemo de los griegos equivalía al Osiris de los egipcios; y su *Dimeter* a la *Isis* de estos.

- 38 Por más que Grecia su Eliseo admire  
y lo pondere tanto  
que aun Proserpina desoyó a su madre  
por perseguir su ponderado encanto.

Proserpina fue arrebatada a los infiernos por Plutón, rey de esas regiones, al tiempo en que, acompañada de su madre Ceres, iba recogiendo flores por las campiñas de Sicilia. La escena del fogoso carro precipitándose en las entrañas de la tierra con el coronado Plutón y la desmayada Proserpina encima, y Ceres a lo lejos pretendiendo en vano alcanzarlos, ha sido representada por los escultores de la antigüedad en muy animados bajos relieves. También existe un largo poema latino sobre este asunto, *De raptu Proserpina*, escrito por Claudiano, poeta de la decadencia.

49 Frutos la tierra te dará con creces

*Illius inmensæ ruperunt horrea messes*, dice Virgilio, que don Andrés Bello traduce

Y bajo el peso de los largos bienes  
con que el colono acude  
hace crujir los vastos almacenes.

Versos que traducen más exactamente que el nuestro; pero ya hemos dicho que no es lo mismo imitar que traducir. El que imita tiene más holgura; y sobre todo, como solo se contrae el pedazo de su gusto puede entrar en pormenores a que no siempre es posible atender cuando se traduce el todo. Por esta razón don Andrés ha sido más feliz «imitando» que nosotros «traduciendo».

62 desde que Deucalión repobló el orbe  
con los guijarros que arrojó su mano  
de do el duro nació linaje humano.

Los paganos admitían lo mismo que nosotros un diluvio universal, del que solo salvó la feliz pareja Deucalión y Pirra. Ambos se echaron a andar por el orbe vacío (*vacuum orbem*) arrojando piedras por encima de sus hombros, que así se los había recomendado el Oráculo. De las que tiraba Pirra se levantaban mujeres; y de las que arrojaba Deucalión, hombres. Con esta ingeniosa alegoría daban a entender los antiguos la firmeza y el vigor del género humano; por lo cual Virgilio, después de decir que de las piedras nacieron los hombres, se apresura a exclamar: *durum genus!*

El cristianismo con otras miras, con la de enaltecer el espíritu a todo trance y llenarnos de horror y desprecio por nuestro cuerpo, sin cuya conservación a pesar de todo no podríamos ir por el mundo, nos hace originarios del barro. El *durum genus!* de Virgilio debía infundir aliento y brío a su auditorio, y levantarle el ánimo. El *memento homo quia pulvis es et in pulverem reverteris* de la iglesia católica

Nos aterra y humilla  
y hace que dobleguemos la rodilla.

Pág. 41

99 y siempre a su labor atento y serio  
al campo impone su perpetuo imperio.

Don Andrés Bello en sus *Silvas americanas* solicita también la sujeción del campo al hombre, diciendo por pasiva lo que Virgilio ha dicho por activa:

.....el fértil suelo,  
áspero ahora y bravo,  
al desacostumbrado yugo torne  
del arte humano, y le tribute esclavo.

Pág. 43

121 .....a Jove plugo  
no hacer tan llevadero  
del infeliz agrícola el sendero:  
el campo sometió del arte al yugo,  
aguzando con sabia providencia  
del hombre la dormida inteligencia  
para así desterrar de su reinado  
el vil marasmo y el sopor pesado.

También el Dios de los cristianos parece que trataba de evitar en sus criaturas el vil marasmo y el sopor pesado, cuando arrancando a Adán de las dulzuras de un Edén lo echó por los eriales del mundo con este anatema:

Adquirirás el pan que te alimente  
con el sudor de tu cansada frente.

Pág. 43

125 Antes de Jove, en la dichosa era,  
la propiedad desconocida era.

Esta dichosa era que precedió a Jove o Júpiter fue el reinado de Saturno o «Siglo de oro» durante el cual con poca o nin-

guna industria se obtenían pingües resultados. Así, más o menos, sucede en el Perú; y así debe ser. ¿Por qué exigir que el peruano, hijo mimado de la Providencia, se entregue a las duras especulaciones del siglo de hierro? ¿Por qué exigir que el peruano a quien no baste el agua para el regadío de sus tierras se caliente la cabeza incubando sobre proyectos de canalización e irrigación? El peruano que quiere regar, no diremos su *chacra*, una mata de *ají*, le sale al encuentro a la acequia más próxima abierta por su vecino más próspero o más laborioso que él; y asaltándola impávidamente, se toma un *buey de agua*, defraudándola de su caudal como el salteador al transeúnte,

Mientras de trabajar le llega el turno  
 nadie nadie atormente a mi Peruano;  
 dejadlo estarse mano sobre mano  
 mientras dura el reinado de Saturno....  
 es decir, el reinado del DIOS HUANO.

Pág. 44

143 Nació el rígido hierro  
 y la rechinadora sierra horrible.

Este verso mortificante parece un prelude de la exclamación francesa moderna *Quelle scie!* (*¡qué sierra!*) con que se denota cualquiera de esos ruidos que crisan los nervios.

Pág. 46

163 ..... de la madre Ceres  
 el estridente carretón pesado.

El *plaustrum* era un carro de mano con sus dos ruedas de madera sólida, sin rayos, que los latinos llamaban *tympano* y los franceses *pleine-roue*, las cuales giraban, no alrededor de su eje sino con eje y todo. Estos carros servían en las procesiones de Ceres, y también para cargar objetos de poco peso como las *carretillas* de mano que usamos en nuestros campos para acarrear barro, cal, adobes y otros materiales de albañilería. Al *plaustrum*

de los romanos correspondía el *amaxa* de los griegos, nombre que se da hoy en Atenas a todo carruaje de alquiler.

Pág. 46

164 la rastra, compañera fiel del trillo,  
y armado de sus uñas el rastrillo,

La *rastra* (*trabea*), que generalmente venía detrás del *trillo*, (*tribulum*), por lo cual nos hemos permitido llamarla su *compañera fiel*, tenía por objeto mejorar o suplir el trabajo del *trillo*, viniendo a ser su pleonasma. El *tribulum* era una tabla maciza con su cara inferior guarnecida de pedernales ásperos o de fierros puntiagudos; y arrastraba alrededor de la era por una yunta que servía para trillar el trigo. El conductor solía colocarse encima para aumentar su eficacia haciéndola más pesada.

Algunos comentadores han creído que el *tribulum* era lo que los agricultores del Cairo usan en el día con el nombre de *noreg* (del hebreo *moreg*). Pero este instrumento, con su alto sillón encima, sentado sobre el cual trillan su trigo los buenos egipcios, dando vueltas alrededor de su era con aspecto grave, patriarcal y faraónico, tal como más de una vez lo hemos visto nosotros mismos en esos lugares, corresponde más bien a lo que los romanos llamaban *plostellum punicum*, según nos lo demuestra con grabados el *Dictionnaire des Antiquités romaines et grecques* de Anthony Rich que tenemos a la vista y que es la obra más ilustrativa de la antigüedad que conocemos, realizando como pocas aquello de *multum in parvo*.

Pág. 46

165 y la mística criba  
que a la paja infeliz del grano priva.

La criba, zaranda, harnero o triguero (¡cuán rico es el idioma!) que servía para aventar el trigo, era *mística* porque estaba consagrada al Dios Baco; y estábale consagrada por la razón, entre otras conjeturas, de que separa lo bueno de lo malo; lo escogido del desecho; el grano, de la paja. Bajo este punto de

vista era un símbolo tan puro que el Cristianismo podía haberlo adoptado.

Pág. 46

- 169     ¿Fabricar quieres el arado corvo?  
          En la vecina selva con gran fuerza, etc.

Este pasaje, enteramente didáctico y analítico, no suministra una versión muy poética; y preferimos remitir a la página correspondiente a los lectores que quieran aplicar las explicaciones que vamos a dar a continuación, antes que repetirlo aquí.

Lo que nosotros llamamos simplemente el timón del arado tenía en latín dos nombres, *buris* la parte baja, y *temo* la superior. Parece que los españoles conservan la diferencia llamando *cama del arado* a la parte baja o *buris*. El *dental* era la base de todo el aparato. En él encajaban, el *buris*, que lanzándose hacia delante iba a buscar con su otra extremidad (*temo*) el yugo; y la esteva, que lanzándose hacia atrás iba a ofrecer un punto de apoyo a la mano del gañán y a solicitar su dirección. El *dental* estaba calzado por la reja y llevaba una oreja o aleta de madera a cada lado para ensanchar la raya abierta por la reja y formar el surco. Estos dos accesorios se llamaban en latín *aures* (*orejas*) y en griego *pteraí* (alas).

Pág. 48

- 199     Todo así retrocede y degenera:  
          como el que presa de mortal congoja  
          luchando va con la corriente fiera,  
          si un punto el remo afloja  
          rueda hacia atrás en rápida carrera.

Ya en uno de nuestros *Cuadros y episodios peruanos*, imitando este pasaje, habíamos dicho dirigiéndonos a un agricultor peruano:

Rema infeliz y la corriente vence,  
rema infeliz y que tu afán no olvide  
que la corriente bárbara, enemiga,

lejos al triste remador despide  
si un punto de descanso al remo pide.

Versos que, para aplicarlos a un mal poeta consonanero, parodiábamos después del modo siguiente:

Rima infeliz y cuanto quieras rima,  
rima infeliz, y que tu afán no olvide  
que el cerril potro de la Aonia cima<sup>1</sup>  
lejos con una coz, lejos despide  
al tonto rimador que se le arrima.

Pág. 49

212 Del lino y la cereal adormidera  
es llegada también la sementera.

La adormidera o amapola estaba también consagrada a Ceres; sea porque esta flor salta espontáneamente entre los trigos y demás *cereales*, como el *amancay* en la mayor parte de nuestros sembrados; sea porque la diosa de las espigas hizo frecuente uso de este soporífero mientras lloraba el rapto de su hija.

Pág. 51

244 El lúcido Dragón allá circunda,  
envuelve como un mar a las dos Osas  
de caer al Oceano temerosas.

Fray Luis de León en su oda a Felipe Ruiz y Moratín en el canto V de su poema didáctico sobre la *Caza*, ha traducido también estos versos

Porque están las dos Osas  
de bañarse en el mar siempre medrosas.

ha dicho el primero; y el segundo

---

<sup>1</sup> *El Pegaso*.

Huyendo de las Ursas temerosas  
de bañarse en el mar.

Yo he traducido *caer* tanto por no copiar a esos dos poetas, cuanto porque me parece que tratándose de *temor* es más natural que este sea inspirado por las probabilidades de dar una caída que por las de darse un baño.

Don Andrés Bello nos dejó atrás a todos cuando rejuveneciendo la imagen, y pintando en las regiones antárticas la misma situación que Virgilio pinta en las del polo boreal, dijo:

Y la paloma cándida de Arauco  
en las australes ondas moja el ala.

Pág. 52

268 Ni es trabajar ilícito  
en el feriado día etc.

Tres son, entre otras, las operaciones que según Virgilio pueden hacerse en día festivo

Sin que la religión ni la costumbre  
tomen de ello ninguna pesadumbre.

Regar el campo si está sediento; reparar o hacer de nuevo la cerca que ampare a la sementera contra los asaltos del ganado; y llevar al baño a las ovejas apestadas. Cualquiera de estas tres operaciones envuelve en sí un sentimiento de piedad y pertenece a las *Obras de Misericordia*, pues se trata de «dar de beber al sediento», de «cubrir al desnudo» y de «visitar a los enfermos».

Los peones de nuestras chacras dan el nombre de *fáinas* (faenas) a los trabajos que por excepción emprenden nada más que en las mañanas de los días festivos, y a los que presiden con más frecuencia la codicia del dueño que la piedad.

- 273 Y tal o cual aldeano que su corta  
riqueza a la ciudad vecina exporta,  
cuando en la tarde vuélvese a su aldea  
algo de la ciudad su afán reporta  
y el lerdo rucio con paciencia arrea.

Virgilio que no tenía que lidiar con los artículos, pronombres, preposiciones y demás trabas de nuestras analíticas lenguas modernas, se contrae, y esto sin salir de tres versos, a enumerar todos los productos que el aldeano podía exportar y reportar en un día de fiesta; considerando, entre los primeros, al aceite, y a las manzanas ordinarias, *vilibus pomis*, lo que nuestros fruteros llaman *canastita llena*; y entre los segundos, a la *piedra de amolar* y a la *masa de negro pez*.

Como el interés didáctico de este trozo no está en saber lo que el aldeano podía exportar y reportar sino en conocer las ocupaciones que le eran permitidas en un día feriado, he creído que bastaba comprender lo primero en la expresión general «exportar su corta riqueza»; y lo segundo en «reportar algo». Esta aparente infidelidad es quizá una fidelidad porque se salva la dudosa interpretación de «vilibus pomis». ¿Quién nos asegura que Virgilio aludía a las «manzanas» cuando *pomus* en latín designa diversas frutas, muy semejante a la *pomme* de los franceses?

C'est dans ces mêmes jours que, libre de travaux  
Chacun porte aux cités les presents des hameaux;  
Et rapportant chez soi les tributs de la ville,  
Presse les pas tardifs de son ane indocile.

La traducción inglesa, a la que ya hemos rendido el justo homenaje en nuestra «Introducción» se burla de todas estas dificultades; y sin omitir nada, traduce en cuatro elegantes versos los tres del original.

- 276 También la luna si su curso espías  
te indicará los días  
propicios para tal o cual trabajo.

Estas ridículas supersticiones en lo tocante a la luna son el único lunar que Delille le encuentra al primer libro de las *Geórgicas*. Estas supersticiones se han conservado hasta nuestros días; y aun en la culta Francia se cree hoy en la *Lune Rousse*, la *Saint Médard*, etc. Supersticiones son estas que el astrónomo Delaunay llama «restos de las creencias astrológicas».

Entre nosotros el vulgo da una gran importancia a las lunaciones.

Pág. 53

278      Entonces fue también cuando la tierra  
            dio a luz en parto horrendo a los Titanes;  
            a Japeto y los otros capitanes  
            que al cielo osaron declarar la guerra.  
            Tres veces intentó su osada maña  
            montaña levantar sobre montaña,  
            y otras tantas de Júpiter el rayo  
            desbarató su portentoso ensayo.

Esta sublevación de los hijos de la Tierra contra el señor del Olimpo para acometer a cuyo alcázar trataron de colocar el Osa sobre el Pelión y sobre el Osa el Olimpo, tres de las cumbres más célebres de la antigüedad, recuerda la soberbia de los hijos de Adán cuando levantaron su famosa torre que les permitiera escalar el cielo. Júpiter apeló a sus rayos para debelar a sus audaces conquistadores. El Dios de Adán se valió del ardid de confundirles el idioma para que no entendiéndose unos a otros tuvieran que abandonar la empresa. El uno fue un gran guerrero, el otro un gran político.

Pág. 58

343      Junta la agreste juventud te siga;  
            a Ceres clame y sus loores diga.

Esta fiesta se llamaba «*amb-arvalia*» porque era una procesión alrededor de los campos. Los negros de Cañete en tiempo de la esclavatura, usaban una fiesta algo análoga el mismo día en que se terminaba la plantada anual de la caña.

Era como una acción de gracias al Todo Poderoso que ellos

llamaban *Buen Viaje* y se reducía a sacrificar una o más reses obsequiadas por el amo, en el mismo sitio en que se había cerrado la siembra o *plantada*. El campo, o como por allá se dice, *la pampa*, se convertía en una plaza de feria; y la fiesta tenía lugar *latis in herbis, sobre el campo herboso*, como quiere Virgilio que sea *operada* la de Ceres. Allí sí que se *daban* verdaderos *motus incompositus* en el frenesí rabioso del baile criollo, la *zamacueca*; haciendo la *caja* de pandero y las negras de *Bacantes*.

Pág. 59

356 De huracán ante el primer silbido  
agita el mar y encrespa su melena, etc.

Estos presagios del mal tiempo, bastante pesados para los lectores modernos, han sido imitados in extenso por Juan de Mena en su poesía a la muerte del Conde de Niebla.

Pág. 66

482 Rey de los otros ríos, Eridano.

Este verso recuerda aquel famoso con que Góngora empieza su soneto:

Rey de los otros ríos caudalosos.

Sentimos no haber podido evitar la semejanza; mas como aspiramos a traducir literalmente, siempre que es posible, y el texto dice *Fluviorum rex Eridanus* que literalmente traducido quiere decir: *rey de los ríos Eridano*; y esto no era verso, y para que lo fuera había necesidad de intercalar un disílabo grave que no podía ser otro que *otros*; porque

Rey de los ríos *todos* Eridano

habría sido exagerar a Virgilio; tuvimos que resignarnos a la semejanza no por *imitar* a Góngora, sino por *traducir* a Virgilio.

Ociosas serían estas observaciones si no conociéramos las

uvas de nuestro majuelo y los animales de nuestra majada. Conocemos la eximia impertinencia de los Criticastro del Rímac; y sabemos que sin esta aclaración no faltaría alguno que nos viniera a molestar.

Y soltando con júbilo su fallo  
¡plagio! ¡plagio! el estúpido diría,  
con saltos de epiléptica alegría  
lo mismo que los de un *guarda caballo*<sup>2</sup>.

Pág. 67

491 No evitar quiso la Suprema diestra

Una diestra, o mano derecha como dicen algunos degradándola de su alta categoría, no tiene voluntad propia para querer o dejar de querer; pero esta mano está tan identificada en las personas de alto mando con las determinaciones de la voluntad, *que habla por ella* por decirlo así y puede *tomar la palabra* siempre y cuando que el poeta convenga y que el lector dé su venia.

Pág. 67

493 Tiempo vendrá, cuando los campos esos  
recorra el rastro y la pesada yunta,  
en que la reja de acerada punta  
saque a la luz del sol los grandes huesos  
de la generación allí difunta.

El adjetivo *grandes* no está sin objeto en el original. Los contemporáneos de Virgilio creían que la raza humana degeneraba gradualmente, y se figuraban *grandes* los huesos de los antiguos. Nuestros modernos padecen de la misma preocupación respecto al hombre inmaterial, y conocemos más de un rutinario que en tratándose de los antiguos exclama: ¡Esos grandes hombres! solo porque son antiguos, aunque hayan sido unos *grandes huesos*.

En cuanto a *difunta*, o es un equivalente de *enterrada*, en

---

<sup>2</sup> *Crotófaga*.

nuestra traducción, o es todo el verso ese una elipsis que nos hemos permitido en lugar de: «De la generación *que* allí *yace* difunta».

Zorrilla, en el desorden de su poesía enteramente moderna tiene este trozo, que sin ser traducción o imitación del de Virgilio, ni de ningún otro de la escuela clásica, se le asemeja sin embargo en el colorido:

Y aún vienen alguna noche  
los lobos en turba hambrienta  
a hozar la tierra sangrienta  
regada ocho siglos ha:  
y aún pasan los calvos buitres  
sobre el valle en banda espesa,  
avarientos de la presa  
reducida a polvo ya.  
(«Un Español y dos Francesas»)

Pág. 68

501 El perjurio de Troya y desventura  
pagó ya nuestra sangre con usura.

Los romanos, que pretendían descender de Troya, hacían provenir todos sus males de un perjurio cometido por Laomedonte, uno de los reyes Troyanos, por cuyo perjurio fue maldecido en toda su generación.

Don Andrés Bello tratando de conmover al cielo con el cuadro de nuestras eternas discordias ha dicho:

¡Asaz de nuestros padres malhadados  
expiamos la bárbara conquista!

El poeta venezolano se contenta con llamar *malhadados* a nuestros conquistadores; sea por un acto de moderación y respeto, recomendable al hablar de nuestros mayores; sea porque naturalmente filántropo e indulgente como Virgilio pudiera decir como él:

*Non ignara malis miseris succurrere disco.*

Sea, en fin, porque pensara como Quintana, cuando queriendo absolver a sus compatriotas de los crímenes de la conquista, exclamaba con fogosidad:

Culpa fueron del siglo; no de España.

Hoy las cosas han cambiado: y aun el Almirante Pareja que fue realmente «malhadado» no ha merecido tan suave calificativo. Hoy tampoco pueden los Españoles disculparse con el siglo porque estamos en el de las luces<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Estas notas se escribían poco después del suicidio del Almirante Pareja, acaecido en las aguas de Valparaíso, a fines de 1865.

## FRAGMENTOS

Ofrecimos en nuestra introducción dar un ejemplo de Virgilio Geórgico traducido en versos alejandrinos: hélo aquí:

### LIBRO SEGUNDO

Pues ya cantadas dejo campiñas y estaciones  
cantemos al olivo tardío y a la vid,  
ven, Baco, que aquí todo rebosa de tus dones  
y otoño debe solo sus pámpanos a ti.

Por ti el hirviente mosto derrámase en las cubas,  
dejemos los coturnos que inútiles ya son,  
y libres nuestras piernas ¡oh padre de las uvas!  
a un tiempo en los lugares hundámonos los dos.

Tú para quien yo escribo, Dulcísimo Mecenas,<sup>1</sup>  
ornato de mi vida y de mi gloria autor, en  
tanto que prosigo mis ásperas faenas acude y  
a mis bríos infunde un nuevo ardor.

No intento abrazar todas las cosas en mi verso,  
ni hacerlo fuera dado sino con lenguas cien,  
daré bosquejos solo, que es grande el universo,  
seré sincero y breve, pero a auxiliarme ven.

Los árboles: no todos nacen de igual manera,  
propáganse no pocos con espontaneidad:  
el sauce, la retama, el chopo, la mimbrera,  
son de estos y pululan doquier que hay humedad.

---

<sup>1</sup> Esta estrofa y la que sigue han sido rechazadas como apócrifas de la mayor parte de las ediciones de Virgilio, siendo muy raras aquellas en que se encuentran.

Los ríos a lo largo los miran de su orilla,  
los campos los contemplan en toda su extensión;  
mas otros solo nacen sembrando la semilla,  
de encinas y castaños tal es la condición.

De sus raíces otros mil vástagos despiden,  
así el cerezo, el olmo y el ínclito laurel,  
a la raíz materna vida y sustento piden  
y so la planta madre se elevan en tropel.

Estos veintiocho versos representan veintisiete del original; y el gusto de los que desearían ver a Virgilio traducido en igual número de renglones está satisfecho, pero ¡a qué precio! ¿Cuál sería el lector que se conviniera a soportar un solo libro de las *Geórgicas* en este metro pesado y uniforme, cuya cadencia tiene que ir siendo siempre la misma? ¿Quién podría tolerar los preceptos de la agricultura con la música del *Poema del Cid*? Creemos, pues, poder sostener lo que dijimos al principio; que las *Geórgicas* deben ser traducidas en *silva* y aun en romance octosílabo. He aquí, una pequeña muestra en este último metro:

#### LIBRO SEGUNDO, versos 440-443

Y hasta las selvas estériles  
de la caucásica cumbre  
que los indomables Euros  
tronchan, quebrantan, sacuden,  
a nuestras necesidades  
de diverso modo suplen:  
dan leña a nuestros hogares;  
pinos para nuestros buques,  
y dan cipreses y cedros  
para el techo que nos cubre.

## FRAGMENTOS DEL LIBRO TERCERO

### Versos 1-8 del original

¡Cantaros a vosotros es preciso  
oh magna Pales y oh pastor de Anfriso,  
y a los ríos y selvas del Liceo!  
Prescindir quiero ahora  
de alusiones vulgares: ¿quién ignora  
que duro fue Euristeo,  
que el infame Busiris tuvo altares?  
¿Quién hay que en sus cantares  
el hombre ebúrneo a Pélope no asigne  
el cuadriguero insigne?  
¿Quién que a Hipodamia e Hilas no recuerde  
y de Delos Latonia no se acuerde?

Los críticos han notado en este pasaje el laudable deseo de Virgilio, que también se encuentra en Horacio, de singularizarse, de señalarse apartándose de los demás y del sendero trillado, *du sentier battu* como dicen los franceses.

El peruano que tuviera la aspiración de Virgilio y Horacio debería empezar diciendo: ¿Quién no sabe ya entre nosotros que los *Andes* son *grandes*, que en el Perú no llueve, que el país es rico, que esta es la tierra de promisión y que... ¡el porvenir es nuestro! con otros lugares comunes de nuestra moderna fraseología, que producen muy buen efecto en los *editoriales* de ciertos diarios, en los discursos de pacotilla y en las poesías de circunstancias?

### Verso 499

Huye la fuente el vencedor caballo  
y el suelo hiere con inquieto callo.

## Versos 515-519

El toro bajo el yugo que lo abruma  
sangre arroja mezclada con espuma  
y sin aliento cae. A la pareja  
que mira acongojada al muerto hermano  
desunce el labrador con triste mano,  
y en el surco, entreabierto apenas, deja  
enclavada la reja.

Fray Luis de León traduce este trozo con una sublime y envidiable sencillez:

¡Cuántas veces, arando  
el buey, de la coyunda cayó muerto!  
Y el labrador dejando  
el surco que labraba medio abierto  
del trabajo desiste,  
el otro compañero queda triste.

Si toda su traducción fuera por el mismo estilo, no habría valido la pena de emprender una nueva. Algunas ediciones, enlazando por medio de la conjunción copulativa, como es más gramatical, el último verso con el penúltimo, dicen:

Y el otro compañero queda triste.

Preferible es la lección que hemos seguido, que da al verso más viveza y produce un efecto más sorprendente, pues cuando el lector solo atendía al buey difunto y al labrador que se va, el poeta le pone repentinamente a la vista al otro compañero en quien no se pensaba, advirtiéndole que *queda triste*, lo que basta para asegurar al pobre animal las simpatías del lector.

## TRADUCCIÓN EN PROSA

### LIBRO SEGUNDO, versos 316-345

Y que ninguno tenga bastante influjo para persuadirse a mover la tierra rígida mientras sopla el Bóreas<sup>1</sup>. El invierno entonces aprieta los campos con su hielo, y helándose la raíz de la semilla sembrada, no puede conseguir agarrarse a la tierra. La mejor época para el plantío de la viña es cuando con la rubia primavera viene el ave blanca enemiga de las largas culebras<sup>2</sup>; o bien bajo los primeros fríos del otoño, cuando el sol rápido no ha tocado aún con sus caballos el invierno y ya ha pasado el estío. La primavera es, no obstante, la estación útil por excelencia a la hoja de los bosques, útil a las selvas.

En la primavera

se infla la Tierra y con ardor implora  
el germen, la semilla creadora,  
y el padre entonces, el etéreo Júpiter  
baja en lluvia fecunda  
y el vasto seno de su esposa inunda.

Y unido a su gran cuerpo alimenta poderoso todas sus producciones. Lasavecillas canoras hacen resonar entonces los intrincados matorrales, y los ganados en ciertos días sienten el fuego de Venus. Para el campo benéfico, y los céfiros con tibio aliento aflojan el seno de la tierra, y una dulce humedad cubre la superficie de todas las cosas, y los frutos se atreven a salir confiados en el nuevo sol. Ni teme el pámpano la venida de los austros, o de la lluvia arrastrada del cielo por los grandes

---

<sup>1</sup> Cierzo.

<sup>2</sup> La cigüeña.

aquilones: lejos de eso, prorrumpe en botones y se reviste de todas sus hojas.

No creo que luciesen otros días, ni que fuera otro el tenor de la temperatura en los orígenes del mundo naciente. La primavera debía ser, la primavera inalterable reinaba en el orbe, y los Euros suspendían su aliento invernal, cuando los primeros rebaños se empaparon en la luz, y la terrena progenie de los hombres levantó su cabeza entre los campos incultos, y se desataron las fieras por las selvas y los astros por el firmamento; pues esas hechuras tiernas no habían podido subsistir, como no lo podrían ahora, si no corriera este tranquilo intermedio entre el frío y el calor y si el cielo no mirara a la tierra con indulgencia.

París, junio de 1861.